15 de Noviembre de 1898 — Año VI.—Número 142

DONATIVO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

LAS MISIONES CATÓLICAS

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

CON CENSURA Y APROBACIÓN ECLESIÁSTICA

Se publica los días 1 y 15 de cada mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACION: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, n.° 5, Barcelona

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

En España é islas adyacentes, Portugal, Cuba y Puerto-Rico. . . . . 14 ptas. al año.
En los demás puntos de América, y las islas Filipinas y el Extranjero. . . . . 20 id. id.

Advertencia.—Los señores Corresponsales fijarán los precios en los puntos donde el cambio sobre Europa haya sufrido notable alteración.

ADVERTENCIAS

No se admiten subscripciones por menos de un semestre en España y Portugal y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando por Enero ó por Julio.

No se atenderá subscripción alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo sencillo y seguro.

Los números sueltos se venden á 75 céntimos.

Se insertarán anuncios á 25 céntimos la línea.

SUMARIO

TEXTO

CORRESPONDENCIA.—*Islas Salomón:* Principio de la Misión.

Matto Grosso: Una visita á los indios del Alto San Lorenzo.—Preparativos para el viaje.—Destreza de los indios para la natación.—Recibimiento solemne.—Inspección del territorio.—Consoladoras esperanzas.—Enarbolamiento de la cruz.—Homenaje del beso.—Regreso.

UN RECUERDO Á LOS MISIONEROS AGUSTINOS QUE HAN SUCUMBIDO EN FILIPINAS, VÍCTIMAS DEL SEPARATISMO Y DE LA MASONERÍA *(conclusión)*.

EL R. P. ANGEL ABASOLO, misionero de Filipinas y primer provicario apostólico de las restauradas Misiones agustinas de China.

RECUERDOS DEL CATOLICISMO EN EL TONKÍN.—VII, Persecución durante la primera mitad del siglo XVIII.—Relación que del martirio de cuatro Religiosos de la Compañía de Jesús hizo un poeta cristiano hijo del Tonkín.

EN LOS RÍOS DE MONDA.—XVI, Nuevas contiendas.—XVII, ¡En otra parte!

DE TOMBUCTU Á LAS BOCAS DEL NÍGER.—III, De Ansongo á Say.—En las rápidas *(continuación)*.

LA ISLA DEL DIABLO Y LA ISLA DE DIOS.—I, Deseos.

LO CONVINCENTE.

BOSQUEJO HISTÓRICO DE LAS MISIONES FRANCISCANAS EN LA PROVINCIA DE SANTA FE.—XX, Reducción de San Martín.—XXI, Reducción de la Purísima Concepción de Reconquista.

CRÓNICA.—Filipinas.—Méjico.—Las islas Hawaii.—Oceanía.

VARIEDADES.—A España en sus desgracias presentes.—La cabalgata hacia la tumba.

SUBSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.

CUBIERTA.—Lea, ó la cruz triunfante *(continuación)*.

GRABADOS

P. ANTONIO PIERNAVIEJA, misionero agustino.

P. TOMÁS JIMÉNEZ, id.

P. HIPÓLITO TEJEDOR, id.

P. PABLO ALVAREZ, íd.

TCHE-KIANG.—Bonzos de Pou-tou recitando sus oraciones.

— Piedra sagrada en Pou-tou.

LA CARIDAD.

SUDÁN FRANCÉS.—Toucouler, pueblo en las inmediaciones de Say.

— El *Aube* en Lapsanga.

Ayuntamiento de Madrid

LEA

O LA CRUZ TRIUNFANTE

por MATILDE BOURDON

(*Continuación*)

Lea poseía de la doctrina cristiana los suficientes conocimientos para comprender el sentído de aquel lenguaje y aun la significación de las imágenes y de los emblemas que tenía á la vista; pero lo que hasta entonces, aun en boca de Crispo, le había parecido un dogma filosófico sin prueba y sin realidad, tomaba de improviso en presencia de aquellos sepulcros elocuentes una vida y una fuerza casi irresistibles. ¿Podia dudar de la existencia del Dios por el cual los Mártires habían sostenido tan duros combates? ¿del amor de Cristo, al cual habían correspondido con tan generoso amor? ¿de su esperanza llena de inmortalidad cuya promesa resplandecia sobre aquellos fríos sepulcros? ¿Era una mera ficción este Evangelio en cuyo nombre por espacio de trescientos años habían tantos derramado su sangre? Perdida en tales pensamientos caminaba siempre con la antorcha alta, cuando se detuvo delante un sepulcro mayor que los demás, situado bajo un arco excavado en la pared, y en el cual se leía en letras muy visibles esta inscripción:

VALERIUS-AULUS,
FIEL SERVIDOR DE CRISTO,
DEPOSITADO EN PAZ.

JUNIA-LUCINA-VALERIA
Á SU MUY AMADO ESPOSO
ELEVÓ ESTE SEPULCRO:
DEPOSITADA EN PAZ.

Dos palmas rodeaban este epitafio.

Dos veces lo leyó la joven, como si no pidiese dar crédito á sus ojos; y trémula y con voz ahogada por las lagrimas, exclamó:

—¡Mi padre!... ¡mi madre!... ¡cristianos!... ¡Mártires!...

Acercóse el sepulturero, y ella le señaló con el dedo aquel sepulcro.

—¿Recordáis? preguntóle; ¿les habéis conocido?...

El anciano reflexionó algunos momentos, y dijo:

—Sí; presencié los funerales de este bienaventurado Mártir, que fué conducido aquí por nuestros hermanos, y sepultado con grande honor. Era ciudadano romano, de una antigua y noble familia, y murió decapitado. Ved aquí la redoma que contiene sangre suya.

Lea estampó en ella sus labios.

—¿Y su esposa? preguntó con voz trémula.

—Me parece que la trajeron aquí dos ó tres años después... Tuvo que sufrir el tormento del fuego, y después la precipitaron al Tíber, atada á sus piés una de esas enormes piedras que los jueces empleaban para atormentar los santos Mártires. De ella no se conserva redoma de sangre...

Lea le escuchaba estremecida.

—¡Anciano! exclamó, ¡yo te recompensaré!... en adelante no vivirás en estos tenebrosos lugares... serás feliz... gozarás de la luz del día...

—Carísima hermana, repuso el sepulturero con sencillez, dejadme aquí junto á estos bienaventurados Mártires, y dad á los pobres lo que destináis para mí.

Esta imprevista revelación, voz potente salida del sepulcro, había conmovido profundamente el espíritu de Lea; muchos misterios del pasado se le aclararon en un momento: ahora comprendía por qué el viejo Romano, su abuelo, aborrecía al Cristianismo, y por qué se había ocultado siempre á sus ojos la suerte de sus parientes: ¡cuántas veces había ella deseado que le hablasen de aquel cariñoso padre, de aquella tierna madre, cuya memoria no conservaba, y á quienes ahora en presencia de aquella tumba aprende á conocer, á admirar, á glorificar! El espíritu de los cristianos había obrado sobre ella; sabía la grandeza que encerraba dar la vida por su fe; y su corazón entusiasta estremecíase de noble orgullo al considerarse hija de héroes, hija de Mártires!

Reclinóse sobre el sepulcro, entrechólo con sus brazos; besó repetidas veses la inscripción, las palmas y la redoma de sangre; y tomando de nuevo su antorcha, corrió al lado de Constancia, que se mantenía en oración; echóle los brazos al cuello, y exclamó derramando lágrimas:

—¡Amiga, mi buena amiga! ¡soy cristiana! ¡El Bautismo! ¡quiero el Bautismo!

—¡Oh, hermana mia! exclamó la Princesa, ¡cuántas acciones de gracias debemos á Dios! ¿Se os ha aparecido tal vez como á María Magdalena? ¿O habéis visto á su divina Madre? ¿os ha mostrado el camino la gloriosa Inés?

—No, respondió Lea; pero soy la hija de dos Mártires; estos sepulcros me han revelado la verdad, y quiero estar unida en la misma fe con mi padre y con mi madre! ¡Venid, y veréis!

ALMANQUE DE LOS AMIGOS DEL PAPA PARA EL AÑO 1899

Se ha puesto á la venta este Almanaque que anualmente publica la REVISTA POPULAR, con grandes y artísticas mejoras, las cuales lo convierten en uno de los más hermosos almanaques católicos. Tamaño igual al de la «Revista Popular.» Numerosos grabados. Elegante cubierta. Interesantes relaciones, novelitas, poesías escritas EXPROFESO PARA EL ALMANAQUE por distinguidos escritores españoles. Reproducciones de preciosos cuadros nacionales y extranjeros. Fotograbados de Joarizti y Marles, J. Thomas y J. Furnells. PRECIO: 50 CENTIMOS, y 60, remitido por correo. *Librería y Tipografía Católica, Pino, 8 Barcelona.*

Ayuntamiento de Madrid

CORRESPONDENCIA

ISLAS SALOMÓN (Oceanía)

Principio de la Misión de las islas Salomón

¡Es ya un hecho! Los misioneros Maristas han fijado sus plantas en este lejano archipiélago que su ardiente celo hacía largo tiempo deseaba evangelizar: en un islote vecino á la grande isla de Guadalcanar es donde se ha escrito la siguiente carta, la primera que recibimos del archipiélago salomónico. Escríbela el Ilmo. Vidal, vicario apostólico de las islas Fidji, administrador de las islas Salomón, y la dirige al R. P. Martín, superior general de la Compañía de María.

Rua-Sura, 9 de Julio de 1898.

El Dios misericordioso nos ha protegido visiblemente y hase dignado escuchar benigno las súplicas que se le han dirigido para el buen éxito de la Misión de las islas Salomón. Dos meses han transcurrido desde el día en que pisamos por vez primera la tierra de este inhospitalario archipiélago, y ni las fiebres ni los dientes de los antropófagos nos han hecho experimentar el menor sufrimiento.

Al caer de la tarde del día 21 de Mayo llegamos, después de muy largo pero aun más penoso viaje, á las islas de la Florida.

Están situadas al centro del archipiélago, y en una de ellas, Tulagi, reside Mr. Woodford, delegado del Gobierno de Fidji. Recibiónos este magistrado con singular atención, y diónos excelentes consejos que nos han sido sumamente útiles para el buen éxito de este nuestro primer establecimiento. Siguiendo sus indicaciones resolvimos buscar un terreno en la grande isla Guadalcanar ó en alguno de los islotes que la rodean.

Para comprarlo debíamos dirigirnos á un jefe indígena, ó mejor aún, á alguno de los europeos que tienen establecido su comercio en estas regiones, los cuales poseen considerables territorios. Visité á uno de dichos comerciantes, pero pedíame por su propiedad precio tan exorbitante (veinticinco mil francos), que debí renunciar á adquirirla. Otro comerciante nos vendió por tres mil francos aproximadamente una hermosa isla al Norte de Guadalcanar. Llámase la isla Rua-Sura, y en ella es donde escribo esta carta.

—

Preparando el terreno y construyendo una casa de madera han transcurrido quince días. El tiempo que ésta tarde en concluirse debemos habitar en tiendas de campaña y tener la capilla también en tienda de campaña. Desgraciadamente éstas no nos preservan por completo de las lluvias torrenciales de los trópicos, y las continuas humedades amenazan echar á perder todas cuantas provisiones tenemos. Sin embargo, sólo ocho días son menester para que lista ya la casa, podamos habitarla y vernos libres de lluvia y humedad.

Admirable es que habitando cinco semanas bajo tiendas, acostándonos poco menos que en el húmedo suelo y sin ver jamás enjutos nuestros trajes, nadie haya sentido dolores reumáticos ni contraido la *malaria*. Tantos favores son debidos á la protección de la Virgen María.

Uno tras otro se nos van acercando los naturales, y pronto los Padres poseerán el idioma, no por completo, pero sí lo bastante para hablarles de Dios. ¡Cuánto anhelamos poder desterrar el canibalismo!

Acompañado del P. Bouillón recorrimos estas islas hasta Nueva-Georgia, siendo testigos de inexplicables horrores, y casi asistiendo á un festín de antropófagos, en el cual diez víctimas formaban el *menú!*

MISIONEROS VICTIMAS DE LA INSURRECCIÓN FILIPINA

El P. Antonio Piernavieja, agustino, misionero de Filipinas, fusilado por los rebeldes tagalos en 28 de Marzo de 1897. (Véase su biografía en la pág. 387 de este volumen).

El P. Tomás Jiménez, agustino, misionero de Filipinas, asesinado por los rebeldes cebuanos en 7 de Abril del presente año. (Véase la pág. 508).

Ayuntamiento de Madrid

¡Continuad, continuad ayudándonos con las más fervientes súplicas y socorrednos, almas generosas, con vuestras limosnas!

La devota imagen de la Virgen elévase sobre humilde trono, desde el cual contempla estas islas que le hemos consagrado. ¡Que nos proteja y dé fuerzas en los trabajos y luchas que vamos á emprender hasta lograr sea una realidad el título de Reina de las islas Salomón!

MATTO GROSSO (Brasil)

Una visita á los indios del Alto San Lorenzo

Al Rmo. Sr. D. Miguel Rúa escribe el R. D. Juan Balzola, Pbro., la siguiente interesante correspondencia:

Tiempo hacía que deseaba visitar á los indios que habitan los diferentes ranchos del Alto San Lorenzo; pero por no tener quien me sustituyera por algunos días en la Colonia Teresa Cristina, me ha sido imposible hacerlo hasta el presente que, con la llegada de nuestro querido hermano D. Rafael Traversa, he podido realizar mis más ardientes deseos.

Al comenzar el mes de Agosto prometí á los indios de la Colonia que si terminaban pronto la siembra del maíz, me llevaría á algunos de ellos conmigo para que saludaran á sus hermanos. Mi propuesta fué aceptada por todos con el mayor entusiasmo, dedicándose desde este momento con inusitado ardor y ánimo á los trabajos agrícolas.

Preparativos para el viaje, y salida.—Destreza de los indios para la natación.—La primera noche y los primeros indios

Hice construir una gran cruz de madera, y preparado que fué todo lo necesario para el viaje, nos pusimos en marcha el 31 de Agosto, embarcándonos en nuestro más grande bajel, formado del tronco de un árbol y capaz de hasta 35 personas. Cuatro palos elevados en los bordes del barco y ligados entre sí en sus extremos superiores sosteniendo un pellejo de buey, formaban un toldo impenetrable á los ardientes rayos del sol durante el día, y resguardándonos durante la noche del relente y del abundante rocío. Me acompañaban el H. coadjutor Bussi, mi ordenanza, que es un soldado del destacamento, y seis indios con su capitán que lleva el nombre del Ilmo. Sr. D. Santiago Costamagna, los cuales con largos palos que les servían de remos hacían andar perfectamente á nuestra grande canoa.

Cuando ya nos habíamos alejado bastante y navegábamos á velas desplegadas, eché de ver que no llevábamos sino una sola taza con la que debíamos beber todos, y lo peor fué que al dar la vuelta para que se sirvieran, se cayó al río, sumergiéndose en seguida. Pronto dieron los indios prueba de su valentía y pericia en la natación; uno detrás de otro se arrojaron al agua, desapareciendo completamente á nuestra vista, para volver á aparecer al poco rato con la taza en la mano.

Al declinar el día vogamos hacia una hermosa y vasta playa para pasar allí la noche. Los indios se pusieron á pescar, y en breve recogieron lo bastante para preparar una sabrosa y abundante cena. Terminada ésta, se dijeron las acostumbradas oraciones y, aunque los mosquitos no cesaron de molestarnos, arrullados dulcemente por las inquietas olas, respirando un ambiente purísimo, acariciados por una brisa fresca y vivificante, echados en nuestras hamacas, y ofreciendo nuestros corazones á María Santísima, nos dormimos felizmente con ese sueño dulce y tranquilo que produce la paz del alma y el cansancio.

Al día siguiente, después de dar gracias al Señor, proseguimos nuestro viaje. Cerca del medio día sería cuando nos encontramos un indio que estaba pescando, indicio seguro de que nos hallábamos próximos al primer rancho; cuatro horas después vimos á otros varios indios, que ya me conocían por mis anteriores visitas, los cuales me saludaron con muestras de gran satisfacción y afecto, dándose prisa para ir á comunicar á sus hermanos la nueva de nuestro arribo. Un poco antes de llegar á la ranchería hicimos algunas salvas con cohetes y disparando nuestras escopetas, para saludar á los jefes de las tribus en señal de paz.

Recibimiento solemne.—Nuestro programa.—Distribución de objetos.—Inspección del territorio.—Consoladoras esperanzas

Las mujeres y los niños, capitaneados por dos indios, corrieron á nuestro encuentro para saludarnos y acompañarnos á la cabaña mayor, donde se habían reunido todos los hombres para festejarnos y celebrar nuestra llegada. Primeramente fuimos obsequiados por dos indios que demostraban tener cierta autoridad sobre los demás: uno de ellos era hermano del capitán *Paghimeyera*, que está distante de este primer grupo seis días de camino: después de éstos se aproximaron todos los indios á saludarnos.

Cambiados los primeros saludos, nos dirigimos á la cabaña, pero antes de llegar á ella vino á nosotros un indio, y sin hablar, como ellos acostumbran, nos tomó de la mano al capitán Costamagna y á mí, é introduciéndonos en un salón nos dió una caña hueca, de un metro de larga, haciéndonos señales de que nos sentáramos en el suelo para que nos dispusiéramos mejor á beber de un líquido que nos presentó en una vasija, y que hacen con el jugo de palmera. Por no desairarlo aceptamos su ofrecimiento; pero he aquí que en seguida vinieron los demás indios, presentándonos también cada uno de ellos su indefinible licor y su caña, invitándonos á beber, para lo cual nos animaban diciéndonos que era muy bueno y que no hacía daño. Deseando contentar á todos, fingí beber, haciendo como que me aproximaba la caña á la boca, pero no tardaron mucho en descubrir mi estratagema, que despertó en todos no poca hilaridad.

El capitán Costamagna, en su lengua, les dijo el objeto de mi visita y les indicó los regalos que les llevábamos, prometiéndoles que en otra ocasión llevaríamos más. Con gestos, gritos, saltos y risas acogieron las palabras de mi compañero de viaje. Inútil es decir la inmensa alegría que reinó entre ellos cuando llegó la hora de distribuir los varios objetos: todos se afanaban y corrían por cualquier friolera que podía tocarles; pero el mal estuvo en que no hubo para todos; así es que tanto á los que se quedaron sin recibir nada como á los enfermos, que después visité, tuve que contentarlos con promesas, que cumpliré si nuestros queridos cooperadores no se olvidan de nosotros. En algunas cabañas fuí

Ayuntamiento de Madrid

obsequiado con cocos, que yo acepté con sumo placer y reconocimiento.

Por la noche, en señal de fiesta se encendieron algunas hogueras y se dispararon algunos tiros; á los hombres les obsequié con una copita de aguardiente hecho de caña de azúcar, y á las mujeres y niños con algunas fruslerías, y después de darles las buenas noches, nos retiramos á nuestra barca para reposar, lo que no nos fué posible, pues los indios, deseando manifestarnos el júbilo que los embargaba por nuestra visita, durante toda la noche hicieron el *bacururú,* que es una fiesta en la que se baila, se canta y se arma una gritería infernal que no hay quien pueda sufrirla. Por esta razón al amanecer del día siguiente estábamos ya dispuestos para ir á visitar los terrenos que estos indios, siguiendo nuestras anteriores instrucciones, labran para la siembra del maíz, habichuelas, arroz y caña de azúcar, y para elegir el sitio donde se fijará nuestra futura residencia, que, Dios mediante, esperamos establecer dentro de muy poco tiempo.

Estos indios ocupan casi los confines del territorio que el Gobierno, para mantener sus promesas, ha concedido á la Misión; pero todavía se puede caminar algunas semanas sin salir del territorio ocupado por los mismos indios, terreno que el Gobierno no puede en manera alguna enajenar. Deseando descubrir los límites de aquel vastísimo campo, con mucho trabajo y no sin maravilla de los indios que me acompañaban, subí á un elevado y escarpado monte, que por aquella parte del río no habían ellos osado subir jamás. Sublime fué el panorama que se presentó ante mi vista, ¡Qué vegetación más exuberante! ¡Qué hermosos y dilatados horizontes! Por donde quiera que dirigía mi vista sobre aquella virgen floresta, sembrada acá y acullá de cristalinas lagunas, me era absolutamente imposible poder ver sus confines. En vano mis ojos buscaban en medio de aquellas selvas, en las faldas de las colinas, en las silvestres márgenes de los ríos ó en las orillas de las lagunas, los suntuosos palacios, las elevadas torres, los humildes campanarios ó algo que demostrara las huellas de la civilización. Todo era rústico y salvaje, como la gente que habita aquellos lugares selváticos infestados de fieras. ¡Cuánto gozaba mi corazón al pensar que con la ayuda de Dios, de María Auxiliadora y la caridad de nuestros beneméritos cooperadores, los Hijos de D. Bosco establecerán allí una Misión y edificarán un templo á María Auxiliadora, donde estos infelices hijos de la floresta elevarán al cielo un himno de amor y de reconocimiento, y en donde el misionero se alentará con la oración para poder evangelizar á los numerosos habitantes del alto San Lorenzo! Este, pues, ha de ser el campo más principal y fructuoso de nuestra acción apostólica, porque aun no están los indios viciados por los maléficos miasmas que despide la civilización moderna, como sucede con los de la Colonia Teresa Cristina.

Enarbolamiento de la cruz.—Explicación del misterio.—Homenaje del beso.—Nombre á dos pueblos.—Regreso á la Colonia Teresa Cristina.

Al descender del monte me dirigí á las cabañas para empezar la fiesta que había de verificarse con motivo del enarbolamiento de la cruz en aquellos dominios, hasta ahora de Luzbel, fin y coronamiento de nuestro apostólico viaje. Por providencial tengo que estuvieran presentes al acto representantes de todas las rancherías de la Colonia Teresa Cristina, hasta de la última establecida en las riberas del San Lorenzo.

¡Pobres indios! Cuando les manifesté mi propósito y ordené que hicieran un hoyo para fijar la cruz, se quedaron maravillados. Cuando tres de los más robustos tomaron la pesada cruz y la colocaron en su sitio, fué saludada con una estúpida risotada general que me impresionó sobremanera. Mi pensamiento voló al Calvario, y viva se me representó la horrible escena de aquellos bárbaros deicidas que con violencia alzaron la cruz de nuestro Redentor, y se le burlaban y escarnecían en los angustiosos instantes de su agonía. ¡No pude contener las lágrimas! Sumamente conmovido les expliqué el misterío de nuestra Redención, y con todo el calor y entusiasmo del momento pronuncié en alta voz una breve plática: los indios me escuchaban con asombro. Al terminar estampé un fuerte y suplicante beso en aquella cruz venerandísima, y explicándoles como el tributo que se rinde á la Cruz lo agradece el Señor que está en los cielos, los invité á que me imitaran. Al principio titubearon un poco; pero he aquí que en medio de la general expectación uno de los capitanes se dirige á la cruz y le da un beso, al mismo tiempo que alzando la cabeza ofrece su homenaje al cielo. Todos imitaron el ejemplo del capitán, y hasta iban á porfía á ver quién cumplía antes con este piadoso tributo.

Con la mayor eficacia recomendé á todos, especialmente á los capitanes, que respetaran é hicieran respetar el sacrosanto símbolo de nuestra Redención. Firmemente me lo prometieron, y yo espero que mantendrán su promesa, y que aquella cruz plantada en el reino de Satán estrechará con el tiempo entre sus brazos á todos aquellos parajes selváticos que todavía yacen en las densas sombras de la barbarie. Después cambié los nombres de las rancherías, poniendo á una el de *San Francisco de Sales,* y á otra, que se llama *Tadarsinanna paru,* el de *San Juan,* patrón de nuestro querido fundador D. Bosco. ¡Que estos grandes Santos apresuren desde el cielo el día de la regeneración de estos y de todos los indios de la inmensa región del San Lorenzo!

Los indios de los otros ranchos esperaban también mi visita, pero no teniendo nada que regalarles, les prometí que volvería pronto. Les recomendé mucho el trabajo del campo, dejándoles simiente de maíz, arroz y habichuelas.

Después de darles algunos recuerdos y de rezar nuevamente algunas oraciones al pié de la cruz, me despedí de aquellos infelices, y con toda mi gente regresé á la Colonia, á donde, siguiendo la corriente del río, nos fué posible llegar en un día.

Y ahora, amado Padre, para cumplir mis promesas, continuar mis excursiones y poder bautizar á tantos infelices indios, me es de todo punton necesario su eficaz y poderoso auxilio. Mándenos camisas, calzoncillos, pañuelos, trajes de todas clases y tamaños para poder cubrir la completa desnudez de estos salvajes: mándenos cuchillos, alfileres, espejos y otras fruslerías, pues todo sirve para granjearse la simpatía de estos hijos de la floresta, que de todo necesitan, y que tanto nos quieren

Ayuntamiento de Madrid

Recomiéndenos de un modo especial á la caridad de nuestros Cooperadores, y á las oraciones de todos los niños y niñas de nuestras Casas y de las de las Hijas de María Auxiliadora.

UN RECUERDO

Á LOS MISIONEROS AGUSTINOS QUE HAN SUCUMBIDO EN FILIPINAS, VÍCTIMAS DEL SEPARATISMO Y DE LA MASONERÍA.

Las victimas de la insurrección de Cebú

(Conclusión)

Volviendo ahora á la interrumpida narración de los sucesos ocurridos en la ciudad de Legazpi, diremos que tan pronto como llegó á Ilo-Ilo el vapor *Tirso de Lizárraga*, comunicando la noticia del alzamiento, se dispuso que saliera el cañonero *Paragua* con dos compañías, el cual llegó á Cebú el martes 5, á las ocho de la mañana; desembarcando la tropa no sin trabar ruda lucha con el enemigo, y logrando entrar en la cotta sin sufrir baja alguna. Allí permanecieron con la colonia hasta el jueves, en que llegaron también á la misma ciudad el crucero *D. Juan de Austria* y el vapor *Churruca*, con las fuerzas enviadas de Manila al mando del general Tejeiro.

A pesar de la resistencia que opusieron los rebeldes, pudieron desembarcar nuestras tropas, protegidas por el *D. Juan de Austria*, que con sus certeros disparos de cañón los ahuyentó de la playa. Verificado el desembarco, el general Tejeiro formó á la compañía del batallón mixto, á veinticinco artilleros y á los cazadores, y les arengó convenientemente, disponiendo que atacasen la ciudad y el próximo pueblo de San Nicolás, donde se hallaban parapetados los alzados. Lucharon nuestras tropas con el arrojo de siempre, y á las dos horas y media de combate, habían ya conseguido que la turba de insurrectos abandonase el campo, no sin dejar en él quinientos muertos y llevarse buen número de heridos. Contribuyó mucho al triunfo el cañonero *D. Juan de Austria*, dirigiendo sus fuegos sobre el poblado que formaba la escolta, cuyas casas servían de parapeto á los rebeldes. Los disparos de dicho crucero prendieron fuego á aquella hermosa barriada, obligando á los rebeldes á salir de sus parapetos y huir hacia San Nicolás; pero perseguidos por la tropa, hubieron de desalojar también aquel pueblo, y marchar ya sin orden ni concierto por diversos puntos. Algunos grupos se dirigieron al Pardo, en donde se encontraba de párroco el P. Tomás Jiménez, y habiendo sabido sin duda que éste les había denunciado antes á la Autoridad, diéronle cruel muerte y le enterraron en la playa de Talisay.

«La acción de nuestras tropas en Cebú, concluye *La Voz Española* (1), ha sido eficacísima y coronada con el éxito más completo.

«El general Fernández Tejeiro, conocedor de aquella provincia, ha desarrollado un plan de ataque al enemigo, decisivo, y productor de satisfactorio resultado.

«Dividió, al efecto, las fuerzas en tres columnas, tomando él mismo el mando de una de ellas, que marchó por el Norte de la población; el general González Montero cogió la retirada de los revoltosos por el pueblo de Argao, mientras el coronel Iboleón avanzaba hacia el Pardo, y la marina de guerra cooperaba al plan de campaña. Todo así preparado, los facciosos se vieron envueltos, y el triunfo más grande ha sido el fin de la operación. El castigo sufrido por los revoltosos ha sido ejemplar, cayendo en nuestro poder los principales agitadores, y sufriendo el enemigo bajas de consideración, ante las escasas que las valientes tropas españolas de mar y tierra han tenido.

«Estas victorias han restablecido el orden y la normalidad en Cebú, pudiendo darse por dominadas las revueltas que alteraran aquella población.»

Celebremos como se merece el triunfo de nuestras tropas, y el restablecimiento del orden por ellas logrado en aquella provincia, aunque mucho tememos que ese orden se altere otra vez muy pronto ó se haya alterado ya; pero deploremos también, que los errores políticos del Gobierno hayan dado margen á tales trastornos, en los cuales tanta sangre se ha derramado. Consignemos, finalmente, algunos datos biográficos de los dos Religiosos agustinos, villanamente asesinados por los rebeldes cebuanos.

El P. José Baztán nació en Miranda de Arga, villa perteneciente á la provincia de Navarra y obispado de Pamplona, el día 16 de Marzo de 1863. Sus padres, D. Pedro Baztán y D.ª Josefa Gamuza, honrados ciudadanos y cristianos fervorosos, procuraron con gran esmero é interés inculcar á su hijo, desde la más tierna edad, las máximas de la virtud y las prácticas de la piedad, habiendo tenido la satisfacción de ver que sus enseñanzas y consejos fructificaban abundantemente en el corazón del niño.

Sintiéndose éste en su juventud inclinado al estado eclesiástico, ingresó en el seminario de Pamplona, en el cual cursó latinidad, humanidades y filosofía. Pero reflexionando luego sobre las ventajas que con respecto á perfección y santidad lleva á dicho estado, el estado religioso, resolvióse á abrazar el último, pidiendo al efecto el hábito agustiniano á los superiores de nuestro colegio de Valladolid. No hubo dificultad alguna para la admisión, antes por el contrario, con gran satisfacción de los Superiores de dicha casa, y con gran placer del mismo interesado, tomó el santo hábito el 5 de Octubre de 1884, contando á la sazón veintiún años de edad. Nada hubo que tacharle ni reprenderle durante el noviciado. Amigo del recogimiento y de la oración, arma indispensable para todo el que de veras se propone hacer algún progreso en la vida espiritual, veíasele aprovechar todo el tiempo que el estudio de la Regla y Constituciones de la Orden le dejaba libre, para consagrarse á las lecturas piadosas y al ejercicio de la oración mental. Cumplido el año de probación pronunció los tres votos simples en 6 de Octubre de 1885; y á los pocos días, después de aprobar dos cursos de filosofía, por traerlos ya estudiados á su ingreso en la Corporación, pasó al colegio de La Vid, en donde cursó el tercero de esta facultad y primero de teología. En 1887 fué destinado con sus compañeros de cátedra á continuar su carrera en el Real monasterio

(1) Número del 13 de Abril de 1898.

Ayuntamiento de Madrid

del Escorial, y allí hizo también su profesión solemne y cantó su primera Misa.

Durante este tiempo en nada decayó de su fervor primitivo, antes por el contrario, procuró aumentar cada día más y más los ejercicios piadosos, pensando en prepararse para ir á la China, y consagrarse allá á la evangelización y conversión de los desgraciados habitantes de aquel vastísimo Imperio que aún no han abrazado la Religión católica.

Trasladado á Filipinas en 1890, puso en práctica su deseo; pero no llevaba en China todavía un año, cuando se vió obligado á volver á Manila, por haberse resentido grandemente su robusta salud con los trabajos y penalidades allí sufridas, y haber sido acometido de una maligna tuberculosis pulmonar. Entonces le enviaron los superiores á la isla de Cebú, como punto más á propósito para que pudiese restablecerse. Aprendió el dialecto cebuano en nuestro convento del Santo Niño, y no creyendo los Prelados conveniente que volviese á China por el peligro que corría de recaer, fué nombrado cura interino del pueblo de Córdoba, en la pequeña isla de Mactan.

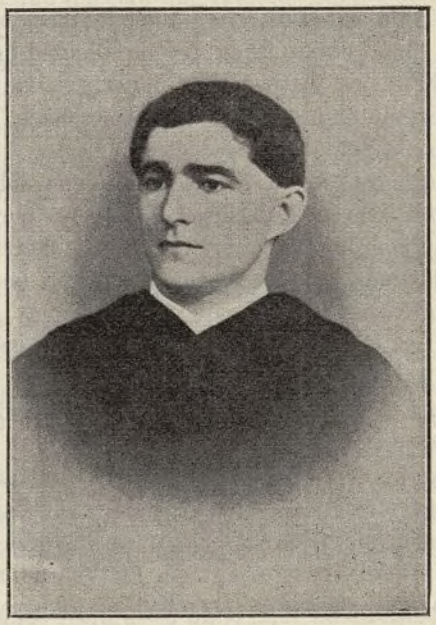
En este pueblo venía trabajando con ardiente celo por el mayor bien espiritual y temporal de sus feligreses, cuando los bárbaros insurrectos pusieron fin á su vida, asesinándole cruelmente en la pasada Semana Santa, como hemos dicho arriba. Deploramos grandemente que el alfanje de los alzados haya cortado en flor una vida preciosa de la cual tantos frutos de bendición podía esperar la Iglesia; pero consuélanos la firme esperanza de que el alma pura y fervorosa del que fué en vida nuestro querido compañero y condiscípulo estará ya gozando de la presencia de Dios en el cielo, é interpondrá sus ruegos ante el trono divino para que esen en España y en aquellas hermosas islas regadas con su sangre las calamidades que actualmente presenciamos.

El P. Tomás Jiménez vió la luz primera en Ocaña, provincia y obispado de Toledo, en 7 de Marzo de 1867, y profesó de votos simples en nuestro Colegio de Valladolid en 16 de Octubre de 1883. Después de cursar en el mencionado Colegio dos años de filosofía, pasó en 1885 al de La Vid (Burgos), en donde hizo su profesión solemne. Desde entonces fué compañero de cátedra del P. José Bactán hasta la terminación de su carrera eclesiástica, y con él y otros partió en 1890 para las islas Filipinas. Fué luego destinado á la isla de Cebú, y cantó su primera Misa en nuestro convento del Santo Niño. Impuesto en el conocimiento del idioma cebuano, que estudió bajo la dirección y magisterio del P. Jorge Romanillos, curapárroco de San Nicolás, fué por algún tiempo coadjutor de este pueblo. Posteriormente fué trasladado á Talisay, y de allí pasó á San Fernando. Ultimamente administraba el pueblo del Pardo, y aquí fué donde le sorprendieron los sucesos ocurridos en Semana Santa.

Al tener conocimiento de los mismos se apresuró á anunciarlo al gobernador de la provincia. El cumplimiento de este deber de patriotismo y de caridad atrajo sobre él las iras de los insurrectos, quienes al abandonar á Cebú el día de Jueves Santo por nuestras tropas, se dirigieron parte de ellos al Pardo en busca de nuestro Religioso, quien al saber que se acercaban marchó huyendo hacia Talisay. Alcanzáronle, sin embargo, en el barrio de Tabunog, perteneciente á la jurisdicción de este último pueblo, y allí le dieron cruel muerte, enterrando después su cadáver en la playa del mismo Talisay, no lejos de la plaza.

Era el P. Tomás de carácter sumamente simpático y amable, y buen Religioso.

El P. Hipólito Tejedor, agustino, misionero de Filipinas, asesinado por los rebeldes tagalos en Abril del presente año. (Véase la pág. 503 de este volumen).



El P. Pablo Alvarez, agustino, misionero de Filipinas, condecorado con la cruz de Isabel la Católica por su distinguido comportamiento en la defensa de Manila. (Véase la pág. 502 de este volumen).

Ayuntamiento de Madrid

Que la sangre inocente de estos infortunados misioneros sirva de expiación á las muchas culpas que pesan sobre España, y que las oraciones de los mismos ante la presencia de Dios calmen la ira divina, y alcancen para esta desventurada patria días más serenos y bonancibles que los presentes.

Fr. Manuel Díez Aguado,
agustiniano.

Septiembre de 1898.

EL R. P. ANGEL ABASOLO

MISIONERO DE FILIPINAS Y PRIMER PROVICARIO APOSTÓLICO DE LAS RESTAURADAS MISIONES AGUSTINAS DE CHINA.

Todas las Corporaciones Religiosas de Filipinas tienen que lamentar en este año la pérdida de no pocos de sus hijos, que habiendo pasado á aquellas Islas con el objeto de labrar la felicidad de los indígenas, han sido víctimas del furor y salvajismo que han despertado en aquellos, hasta poco hace, pacíficos habitantes, la Sociedades secretas.

Por lo que toca á la Orden Agustiniana, además de la numerosa lista de Religiosos asesinados por los rebeldes filipinos, ha querido el Señor arrebatarla varios de sus hijos más eminentes, cuando todavía podían honrar el hábito que vestían con nuevos y más gloriosos triunfos. Los PP. Emilio Bullé, Bruno Laredo, José Martín y Angel Abasolo son los individuos á que nos referimos, los cuales han pasado á mejor vida no há muchos meses.

Dejando la *Necrología* de los tres primeros para cuando logremos obtener mayor número de datos, hemos de trazar siquiera sea en breves lineas la biografía del P. Angel Abasolo, el cual, víctima de una violenta aplopejía, que no le permitió ni aún recibir los últimos Sacramentos, entregaba su espíritu al Señor en nuestra Casa Enfermería de Gracia (Barcelona) en la madrugada del 23 del pasado Septiembre.

El P. Fr. Angel Abasolo Aquesalo, hijo de D. Antonio y D.ª María Josefa, nació el 1.º de Marzo de 1837 en Yurre, valle de Arratia (Vizcaya), y recibió el santo bautismo en la parroquia de la Asunción de dicho pueblo. Llamado por Dios en su juventud al estado religioso, pidio el hábito agustiniano á los superiores de este Colegio de Valladolid, y previo el conocimiento del idioma latino, que estudió en Echano cerca de Zorzona, fué admitido en nuestra Corporación. Pasado el año de prueba bajo la dirección del P. Agustín Oña, á la sazón maestro de novicios de esta santa Casa, y habiendo dado señales claras de su vocación al claustro, fué admitido á la profesión, la cual verificó en 4 de Octubre de 1860, en manos del malogrado P. rector Fr. Manuel Jiménez. Cursó luego en el mismo colegio toda la filosofía y parte de la teología, hasta que en 1864 fué destinado á las islas Filipinas, en compañía de 18 hermanos de hábito. Embarcáronse los Religiosos en la fragata *Guadalupe* el 2 de Mayo de aquel año, llevando de presidente al hoy ex-asistente general, maestro y doctor en teología, Rmo. P. Fr. Tirso López (1), que había sido catedrático de los mismos en el colegio; y después de un penoso viaje de cuatro meses y medio, arribaron en 15 de Septiembre á la capital del archipiélago Filipino.

Cóntinuó sus estudios en nuestro convento de Manila, bajo la dirección y magisterio del mismo P. Tirso; hasta que terminada su carrera y ordenado de sacerdote, fué destinado en Enero de 1866 á la provincia de Capíz, en Panay para que estudiase el dialecto bisaya y se preparase para el ejercicio del ministerio apostólico. A los pocos meses fué ya nombrado por los superiores cura interino del pueblo de Dumalag, parroquia que al año siguiente le fué concedida en propiedad.

Los beneficios que dispensó á los feligreses de aquel pueblo no son para numerados en breves líneas; baste decir que con sus sermones, exhortaciones privadas, distribución de libros de piedad (2), ejercicios espirituales, y más aún con su trabajo de confesonario, en el que empleaba seis y siete horas diarias, tanto en los cuatro meses que en aquellos puntos dura el cumplimiento pascual, como en los sábados y vísperas de fiestas, llegó á conseguir ver convertidos á sus feligreses en religiosos de la más estrecha observancia, y su pueblo en un verdadero monasterio. A pesar del trabajo ímprobo que todo esto supone, todavía encontró el P. Angel alientos en su espíritu y energías en su celo para llevar á cabo otras obras importantísimas para el mayor bien de sus feligreses. Construyó la iglesia de aquel pueblo, y tal arte se dió para arbitrar recursos, que habiéndola comenzado con solos 300 duros, está evaluada por personas inteligentes en 50,000. En esta obra le ayudó mucho el Ilmo. Sr. Cuartero, dignísimo obispo de Jaro, y sobre todo, el pueblo, que no perdonó trabajos ni dineros hasta ver terminada y hermoseada la casa de Dios, cual lo deseaba el celoso párroco P. Abasolo. Edificó igualmente de piedra sillería dos escuelas para los niños de ambos sexos, y puso los cimientos de las Casas Consistoriales, ó como allí se nombran, Casa-Tribunal (3). Levantó casi de nueva planta el Convento, é hizo un cementerio de piedra y dos puentes; en fin, que en los quince años que administró aquella parroquia la dejó dotada de buenos y hermosos edificios públicos, tanto en la parte religiosa, como en la civil, como en la que atañe á la instrucción. Tedavía hizo más; organizó una excelente banda de música, procurándoles instrumentos y piezas; muchas de las cuales eran aires vascongados; pues el P. Angel encontraba especial satisfacción en oir ejecutar estas piezas, que traían á su memoria recuerdos gratos del suelo en que había nacido: estableció la Cofradía de la sagrada Correa, consiguiendo de Su Santidad Pío IX

(1) A él debemos muchos de los datos consignados en esta biografía.

(2) El P. Abasolo es autor del opúsculo siguiente: *Novena ni S. Martin, Obispo, cag Patrón sa Dumalag, nga guinbuhat sa pulong nga binisaya ni P. Angel Abasolo, cura sadto sa amo nga banua.* Segunda edición. Manila, imprenta de Santa Cruz. Carriedo, núm. 20. 1885. De 16 págs. en 8.º

(3) La grandiosa obra del Tribunal de Dumalag, comenzada por el P. Abasolo, la terminó otro ilustre misionero agustiniano, el P. Lesmes Pérez, actual curapárroco de la capital de la provincia de Capíz, el cual ha llevado también á cabo en Capíz la construcción y embellecimiento de otros importantísimos edificios religiosos.

Ayuntamiento de Madrid

un breve para poder celebrar la fiesta de la misma en la dominica 2.ª después de Pascua, así como también privilegio especial para decir la Misa en el día de la Purísima Concepción con ornamentos de color azul celeste.

No satisfecho aún con esto su celo, y ansiando derramar la semilla evangélica en campo más vasto y menos cultivado, se alistó para la China inmediatamente que tuvo noticia de que nuestra Corporación trataba de restablecer las antignas Misiones en el celeste Imperio. En 1879 se nos concedía la provincia de Hunan Septentrional, y la Sagrada Congregacion de Propaganda nombraba á nuestro biografiado provicario de aquellas regiones (1); pero el P. Angel, que en su humildad se juzgaba poco apto para desempeñar dicho cargo, se apresuró á declinarle en otro Religioso, que fué el piadosísimo P. Elías Suárez, y no pasó á China hasta los últimos meses de 1881.

El aprecio en que sus feligreses le tenían se manifestó bien patente al ver que se les marchaba su querido párroco; y la despedida tiernísima que le hicieron los dumalagueños la describe el *Diario de Manila* (7 de Septiembre de 1881) con estas palabras:

«La marcha del M. R. P. Fr. Angel Abasolo, cura-párroco, durante más de quince años, del pueblo de Dumalag, ha sido una completa ovación; una manifestación entusiasta de cariño por parte de sus feligreses, que lo querían entrañablemente.

«Toda la principalía, la actual y la anterior, con su música, y con gran número de mujeres vestidas casi todas de un modo igual, con sayas de brillantes colores, con pañuelos blancos en la cabeza las solteras, y con pañuelos negros las casadas, acompañaban á su párroco, guardando correcta formación.

«Mucho antes de llegar la comitiva al muelle de Pampang, donde estaba fondeado el vapor *Mayon*, principiaron las demostraciones de afecto de los del pueblo hacia el apreciable Religioso que deja la tranquilidad de estas comarcas para dedicarse en China á la evangelización de infieles. Materialmente fué llevado en volandas por la gente hasta la plancha del vapor, y al dejarlo á bordo, rompieron en sollozos y en tristes exclamaciones por la ausencia de su virtuoso protector.

«El R. P. Angel se hallaba tan emocionado á vista de estas pruebas de afecto, que apenas pudo decir adiós á los muchos españoles que pasaron á darle el abrazo de despedida en el *Mayon*. Hasta que el buque se perdió de vista la música permaneció en el muelle ejecutando aires vascuences.»

(1) En la obra titulada *Missiones Catholicæ cura S. Congregationis de Propaganda Fide descriptæ in annum MDCCCXC (Ann. V). Romæ. Ex Typographia Poliglotta S. C. de Propaganda Fide. MMCCCXC,* á la pág. 272 encontramos lo siguiente: «Hu-nan Septentrionalis.—Vicariatus Apostolicus.—(Agustiniani.)—Origo. Etsi conjectari liceat Christianam Religionem jam pridem in Hu-nan prædicatam fuisse, tamen certa monumenta traditionis nonnisi ad exitum sæculi XVII assurgunt, tempore Imperatoris Kam-ki ex dynastia Cin. Graves inter persecutiones Christifideles, et nonnisi perraris Misionariorum visitationibus recreati, numero satis diminuti sunt, clerum Vicariatus Apostolicus de Huquam, quo nomine Hu-pe et Hu-nan provintiæ veniunt uni Pro-regi subjectæ. Anno 1856 Vicariatus Hu-nan et Nu-pe distincti sunt, demum Vicariatus Hu-nan Septentrionalis per decr. diei 19 Septembris anno 1879 sejunctim à Vicariatu Hu-nan Meridionalis erectus est, eique Angelum Abasolo S. Congregatio de Propaganda præfecit.»

Poco tiempo pudo permanecer en el Celeste Imperio. Los trabajos padecidos en el desempeño del ministerio parroquial en Filipinas, y el clima enervante de aquellas regiones, habían ya debilitado su robusta salud hasta el punto de no poder acomodarse á las privaciones y estrechísimo género de vida que llevan nuestros Religiosos en las Misiones de China. Por este motivo hacia mediados del año siguiente (1882), aconsejado por un médico inglés de Hancou, se volvió á Manila; y habiéndose encontrado con que el terrible viajero del Ganges había fijado sus reales en la capital y sus provincias, y diezmaba á sus habitantes, olvidándose de sí mismo y del delicado estado de su salud, consagróse con el heroísmo de un mártir á la asistencia de los apestados, y al auxilio de los moribundos. Todos los Religiosos hicieron en tan triste ocasión prodigios de valor, y desplegaron admirablemente las alas de su ardiente celo por el bien de sus prójimos; pero pocos en el grado que nuestro biografiado. Copiamos de una publicación de entonces (1): «Todo el tiempo que reinó la epidemia en la ciudad (Manila) y arrabales, parecía esto un cementerio en un desierto, donde no se veían personas, ni los millares de carruajes que á todas horas transitan por estas calles. Tan sólo se oían los lamentos de los padres que veían caer muertos á sus hijos, los suspiros de los hijos al mirar á sus padres retorcerse como culebras. Ni á los balcones se asomaban, por no ver los carros mortuorios que conducían cadáveres. Estas escenas por la noche ponían miedo y espanto á todos: algunos estaban tan amedrentados que no salieron en un mes de las habitaciones. Sólo los Religiosos andaban por las casas de ricos y pobres, administrando los santos Oleos aquí, allí confesando ó absolviendo á los moribundos, y en todas partes consolando á los enfermos y repartiendo alimentos á los necesitados, con lo que lograron arrancar á muchos de las garras de la muerte.

«Algunos Religiosos hubo aquí en nuestro convento que pasaron noches enteras con los enfermos, y no bien llegaban á una casa, ya estaban llamando para otra; no bien empezaban á descansar un poco, volvían á llamarlos.

«Sin querer rebajar los méritos de ninguno, pues todos trabajaron hasta el heroísmo, merecen especial mención el P. prior Fr. Salvador Font, el P. Baldomero Real, el P. Hermenegildo Carreterro y el P. Abasolo: este último, después de haber estado con el P. Venceslao Romero veinte días en el lazareto de Mariviles para asistir á los atacados de los buques, estuvo también dos semanas en el hospital de Tondo: lo que habrá padecido, figúreselo V. R.

«Los sempiternos denigradores de las Ordenes religiosos, añadía muy oportunamente la *Revista Agustiniana,* los que en ampulosas declamaciones alardean de sentimientos de *filantropía*, de esa *virtud* moderna que con razón se ha dicho que es *la moneda falsa de la caridad,* debían haberse hallado allí y hubieran visto lo que son esos *frailes* á quienes difaman y calumnian. Hombres que se multiplican, que sacrifican su bien-

(1) V. *Revista Agustiniana* (hoy *La Ciudad de Dios),* vol. 4.º, página 585.

Ayuntamiento de Madrid

estar su salud y su vida con heroísmo exclusivamente cristiano: héroes y mártires de la caridad: esos son los frailes.»

Repuesto ya después de las quiebras que en su salud habían producido los viajes y fatigas pasados, volvió á Ilo-Ilo, y á petición del sabio y virtuoso obispo de Jaro Dr. D. Fr. Mariano Cuartero, se le dió en propiedad la parroquia de San Miguel. Allí continuó por espacio de siete años trabajando con el mismo celo de siempre por el bien espiritual de sus feligreses, y haciéndose querer de los mismos por su trato cariñoso, por su desinterés y abnegación, por su diligencia en acudir á remediar las necesidades de los indios, por su constancia en el trabajo de púlpito y confesonario, y por la solicitud con que promovía el esplendor del culto divino, siendo notables las funciones religiosas que se celebraron en aquel pueblo durante este tiempo. Una sola citaremos, que prueba cuánto era el interés con que tomaba el P. Abasolo este punto importantísimo del ministerio parroquial.

Fr. Manuel Díez Aguado,
agustiniano.

(Se continuará).

RECUERDOS DEL CATOLICISMO EN EL TONKIN

VII

Persecución durante la primera mitad del siglo XVIII.—Relación que del martirio de cuatro Religiosos de la Compañía de Jesús hizo un poeta cristiano hijo del Tonkin.

En 1777, dicen los *Anales Dominicos*, sufriéronse nuevas persecuciones acompañadas de las mismas crueldades que las anteriores. En 1720 estalló otra mucho más terrible. Ciento cincuenta fieles fueron hechos prisioneros; los misioneros fugitivos vense obligados á esconderse en abandonadas cabañas, á pasar sin buscar vado torrentes de rápido curso ó correr por desiertos y elevados montes, buscando siempre seguro asilo. Nadie tenía el valor suficiente para albergarlos; los espías recorrían todos los caminos del reino y registraban las casas. El Vicario apostólico de la Misión dominicana vióse obligado á permanecer largos días escondido dentro una cesta de arroz, otro Padre frente un sepulcro, y otro en un agujero tan pequeño que á duras penas podía entrar en él. Numerosos misioneros pasaron largos días sin comer ni beber. Un catequista, venerable anciano de setenta años de edad, murió en la prisión, el día 22 de Enero de 1722, cargado de cadenas, orando y confesando gloriosamente la santa fe católica.

Este mismo año verificóse la prisión y condena de todo un pueblo cristiano. Siete buques de guerra conduciendo ochecientos soldados presentáronse ante la población: tenían orden de aprisionar á todos sus habitantes, y matar al misionero y al catequista. El Padre, avisado oportunamente de la llegada de la tropa, tuvo tiempo de huir y esconderse en espeso cañaveral, donde permaneció tres días. Al llegar la noche del tercero imposible le fué resistir más tiempo al hambre que le devoraba, é intentó ver si podía escapar de su refugio, resignado por completo á la voluntad del Señor. Después de no pocos trabajos logró el desgraciado misionero escapar de sus crueles perseguidores, salir del reino y buscar seguro refugio entre sus hermanos del convento de Manila.

Más de quince días duraron las pesquisas de la soldadesca, y después de saquear por completo la población hicieron prisioneros á sus habitantes. Todos fueron condenados á guardar los elefantes: pena terrible, mil veces peor que nuestra cadena perpetua.

El siguiente año dos Religiosos de la Compañía de Jesús, los PP. Messari y Bucharelli, fueron hechos prisioneros.

El P. Messari murió en la prisión consumido por los tormentos y la enfermedad. Siete meses después de su muerte sus preciosos restos fueron trasladados á la iglesia de Ke-ne, y allí vióse con admiración y santo gozo que la mano derecha restaba intacta, en tanto que el resto del cuerpo hallábase en completa descomposición. Dios manifestaba con este prodigio la santidad de su siervo.

Un año había transcurrido del día en que el P. Bucharelli y nueve cristianos tonkinos fueron hechos prisioneros, cuando les llamó el tribunal para leerles la sentencia de muerte. Condenábaseles á unos por haber predicado la fe cristiana prohibida por las órdenes del rey, y á los restantes por haberla aceptado y propagado por el reino. Inclinóse profundamente el P. Bucharelli para demostrar al juez la alegría sin par que con su condena le daba. Imitáronle sus compañeros, y todos despojáronse gustosos de la ropa que llevaban para vestir la hopa de los condenados á la última pena.

Antes de abandonar la prisión confortaron sus almas con el Pan de los Angeles que les distribuyó un sacerdote indígena, prisionero hacía largos años; acto seguido emprendieron radiantes de alegría el camino del suplicio. «Entonces, dice uno de los que este hecho relatan, principió á desarrollarse la escena más tierna y conmovedora. Los cristianos rompen la inmensa multitud y corren á postrarse á los piés del misionero. Restan sin decir palabra, pero con lágrimas y suspiros patentizan su vivo dolor: las penas del Padre hieren profundamente el corazón de los hijos.

Conmovido hasta lo más íntimo de su alma el Padre Bucharelli, olvida los pasados sufrimientos para consolar á sus queridos neófitos. Levanta al cielo los ojos y exclama: «¡Valor! hermanos muy queridos. ¡Valor! hijos míos. Olvidad el momentáneo suplicio que nos aguarda, y elevad vuestros ojos y vuestros corazones al cielo. ¡Allí vamos, y allí pronto, muy pronto volveremos á reunirnos todos!»

La cabeza del misionero fué la primera que cayó arrancada por golpe fatal; siguiendo las huellas del Padre uno tras otro llegaron los hijos, y los nueve cristianos sufrieron el mismo suplicio.

Desde 1725 hasta 1735 la persecución fué menos violenta, pero el año 1736 reapareció con nuevo ardor gracias á las instigaciones de un bonzo llamado Thinh. El mismo año cuatro Religiosos de la Compañía de Jesús, los PP. Bartolomé Alvarez, Manuel d'Abreu, Vicente de Cuna y Juan Cratz, dos catequistas y numerosos fieles hijos del Tonkin, fueron hechos prisioneros, conducidos á Ke-cho, hoy Hanoi, y decapitados el 12 de Enero de 1737.

Ayuntamiento de Madrid

Su martirio conmovió profundamente á todos los cristianos. Uno de ellos escribió para perpetuo recuerdo de este hecho una larga poesía que un siglo después el Ilmo. Retord, siendo misionero, la encontró y tradujo, remitiéndola al P. Pelagaud, residente en Lyón, acompañada de la siguiente dedicatoria:

«Yo he sabido que bajo el altar de la iglesia de Truchu, estaban sepultados los cuerpos de cuatro Padres jesuitas martirizados por la fe. Yo logré encontrar un folleto escrito en verso anamita que narra su preciosa muerte: lo traduje y os lo envío.

«Cuando el sabio naturalista después de largos y penosos viajes encuentra bajo los hielos perpetuos que cubren el polo, ó en las ardientes playas de la tórrida zona, algunas plantas raras, curiosas, desconocidas; cuando el astrónomo que realizó incansable largas observaciones llega á descubrir un nuevo astro, un desconocido meteoro en las regiones aéreas, apresúranse á dar cuenta del descubrimiento á sus compatriotas, y regocíjanse al ver acrecentarse la esfera de su ciencia.

«También yo hallé plantas desconocidas que arrancó furioso el vendabal, cuatro flores cuyo suave aroma llena de perfume la tierra que habito, cuatro astros que en tiempos que fueron brillaron con deslumbradora luz: á vos os rindo homenaje de mi feliz descubrimiento.»

Entresacamos los principales pasajes de esta traducción, que en correcto y elegante francés escribió la bien cortada pluma del Ilmo. Retord, conservando la fuerza y hermosura de la lengua anamita.

«Lucía el cielo puro, ardiente, nacarino; el aire extendía su ardoroso soplo: derramaba Dios sus beneficios, abundantes como la benéfica *lluvia* del rey Nghieu, como el *viento* del rey Thuan (1).

«La concordia reinaba entre los grandes, el pueblo disfrutaba de la paz: prósperos y hermosos eran los tiempos, yo Than-si, retirado en apacible lugar solitario, complacíame considerando ejemplos de virtud, rico legado de santos varones que honraron pasadas edades. De súbito llegaron hasta mí los ecos de un tumulto, de boca en boca corría la noticia de que cuatro sacerdotes europeos venían á predicar en tierra anamita la santa Religión. ¡Indecible, imponderable gozo sentimos y llenaba nuestros felices corazones!

«Cuatro sacerdotes, hombres santos y magnánimos, enviados por el Pontífice Soberano llegaban á nuestras playas. El primero, superior de los demás, llamábase *Bartolomé,* varón lleno de humildad y virtud, de ta-

TCHE-KIANG *(China).*—Bonzos de Pou-tou recitando sus oraciones. *(Pág.* 522)

(1) Nghieu, Thuan dos reyes chinos muy célebres, celebridad que dió orgien á las antedichas frases: lluvia del rey Nghieu: viento del rey Thuan significando gran abundancia de bienes. El primero de estos reyes vivió 2357 y el segundo 2258 antes de Jesucristo.

Ayuntamiento de Madrid

lento y ciencia: poseía las cinco *Kings* y todos los *Su* (1).

«Los cuatro Religiosos pusiéronse en manos de la Providencia divina, salieron de su patria el año *at-meo* (1736) buscando ovejas perdidas. Reclinaron su cuerpo y su alma en los brazos divinos del Rey de los cielos. Sin temer la inmensa sublime grandeza del abismo, entraron en la nave, fija su mirada en las estrellas de pálida luz: hendió la quilla de su buque las espumosas olas, y meciéndose majestuoso sobre la inmensa mar sólo después de penosa navegación consiguió llegar á las costas de la China.

«¡Ah! ¡Desgraciados! Difícil seríame narrar cuanto sufrieron en estas inhospitalarias riberas: descubiertos por los habitantes los aprisionaron, apalearon, registraron, y de día y de noche sometíanlos á largos interrogatorios. Sufrieron grandes contrariedades, y hasta que hubieron transcurrido cuatro largos meses no se les permitió dirigirse á Macao. Inmensos eran la solicitud y el amor que á la tierra anamita profesaban. Siguiendo los generosos impulsos de su corazón magnánimo, desafían todos los peligros, y resuelven dirigir sus naves á las costas de nuestra tierra.

«Terminados los preparativos hiciéronse á la mar acompañados del *maestro* Tri, joven sacerdote, hijo del Tonkín, encargado de introducirlos á mi patria. Hinchadas las velas por brisa suave, batida la nave por las juguetonas olas del mar, siguió majestuosa su feliz travesía, y transcurridos breves días avistaron nuestras costas. Supo el *maestro Xa* (2) tan grata nueva, y acto seguido embarcóse anhelando felicitar á los Padres y llevarlos á tierra: ¡grande, muy grande era la alegría, mas ¡ay! fué de corta duración!

«Los *maestros* Tri, Nyhien y Xa habían alquilado una barca para llegar hasta la orilla. Entraron en ella los Padres y navegaran hasta frente de Tranz-liêt. Pero ¡impenetrables designios del Señor! al pasar por delante de Ray observaron que corrían inminente peligro: seguíanles á corta distancia dos malhechores, que avanzando presurosos colocáronse á su lado y saltaron dentro la barca. El *maestro* Tri suplicó á los paganos que les dejaran, pero en vano; dirigieron éstos la barca hacia la orilla, y echando en ella sus amarras empezaron á gritar con toda la fuerza de sus robustos pulmones: «Venid, venid y veréis dos minis-«tros de la Religión de Jesús: jamás podréis decirnos «que inventamos calumnias... Venid, venid y veréis.»

«Los misioneros fueron aprisionados.

«Era el día 22, escondíase el sol tras los montes, y la noche iba extendiendo por la tierra sus negras sombras cuando llegaron los misioneros á la ciudad real: envueltos en esteras, cual si sus cuerpos hubieran dejado de existir, magullados por la precipitada marcha de sus conductores, privados de ver la luz, de respirar el puro aire y de conversar entre sí... Pero ¿por qué me esfuerzo en relatar sus sufrimientos... si es tarea imposible, irrealizable?»

(1) Los cinco *Kings* son los libros en que expone Confucio su religión. El *Su* contiene los anales de los emperadores chinos. Parece ser que el P. Bartolomé estudió los caracteres chinos antes de abandonar la Europa. *(Nota del Ilmo. Retort).*

(2) El *maestro* Xa sería probablemente un catequista que estaría al frente de la Misión de alguna residencia situada á corta distancia del mar: lo probable es que perteneciera á la Misión de Ke-sat. Lo mismo puede decirse del *maestro* Nghieu. *(Nota del Ilmo. Retord).*

EN LOS RIOS DE MONDA

POR EL R. P. TRILLES

DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, MISIONERO EN GABÓN

XVI

Nuevas contiendas

Al cabo de dos horas de marcha llegamos al término de nuestro viaje, y esta vez fuimos recibidos cordialmente.

Un enfermo á quien días atrás había yo cuidado, vino á mostrarme la herida de su pie casi cicatrizada y en buen camino de curación. El nitrato de plata había hecho maravillas: así no es extraño que se me presentasen multitud de enfermos de toda especie: querían que les viese el médico improvisado. Todo el pueblo estaba allí reunido, mirando con asombro esas redomitas que parecen cosa de nada y curan tan pronto.

Acercóseme una vieja, abrió la boca, lastimosamente desguarnecida, y quedóse parada sin decir una palabra. No me costó trabajo adivinar que padecía dolor de muelas. Por desdicha no tenía á mano pinzas ni botador.

Para los negros, tener los dientes en mal estado es indisculpable, y tocante á esto pueden dar lecciones á muchos de nuestros elegantes. Apenas se encontrará un hombre sin el palillo destinado á esa limpieza interna, y nunca, después de comer, olvidan enjuagarse la boca. Así la mayor parte de los negros tienen la dentadura de un blanco reluciente y de una fuerza asombrosa. Para nuestros muchachos, quitar la banda de soldadura que rodea una caja de conservas es cosa de juego.

—

Todo nos fué en este pueblo á las mil maravillas. Nuestras diferencias del otro día se zanjaron brevemente, y para sellar la reconciliación regalamos al jefe un soberbio y antiguo birrete de juez.

—Atiende, le dijimos, cuando el gran juez francés, terminada una querella, pronuncia la sentencia, cúbrese la cabeza con un bonete como éste.

—¿Es cierto?

—¡Ciertísimo!

—Pues bien; yo, que soy también gran jefe, me lo pondré todos los días, sí, todos los días.

Y heos aquí un hombre contento.

Estábamos á punto de partir, pues nos halagaba poco pasar la noche en aquel pueblo, cuando sobrevino un incidente tragicómico.

—

Un ganapán de frente pequeña, nariz chata, ojos malignos y aire estúpido, nos vino con una reclamación.

—Mira, me dijo, tú has roto mi pipa; y en este pueblo (en otras partes no lo sé), quien rompe una pipa la paga. Con que, te digo: ¡paga!

Y mi hombre presentó dos trozos de pipa, ó más

Ayuntamiento de Madrid

bien de una cosa infecta, negra, quemada, repugnante.

—¡Ea, ya lo ves; tú has roto, pues paga!

Yo, fuerte con mi inocencia, me negué resueltamente.

El hombre se incomodó.

—¡Alto aquí! le dije. ¿Cuándo rompí yo tu pipa?

—¡La rompiste el otro día!

—Esto es muy vago. ¿En dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Tú la rompiste, y ahora verás cómo. Cuando llegasteis el otro día, tocóse el tambor, ¿no es cierto?

—Sí, efectivamente.

—¡Bien! yo tuve miedo, y me puse en salvo. Al emprender la fuga rompí la pipa. Tú fuiste quien me hizo huir, luego tú eres el responsable. ¡Paga!

El caso era tan inaudito, que el jefe se levantó, é intimóle la orden de callarse en un virulento apóstrofe sazonado con gestos vehementes. Esas gentes son maravillosos oradores. Cuando hablan, todo habla en ellos: ojos, cabeza, brazos, el cuerpo todo. Nunca hacen un gesto impropio, jamás incurren en falsa entonación. Nuestro excelente jefe hizo, pues, que el pícaro se largase.

Esto estaba bien; pero, como recompensa, nos pidió... ¡una pipa! Se la dimos gustosos, siquiera por la lección de declamación que nos había dado.

XVII

¡En otra parte!

Por fin henos en marcha, bajando el río á toda velocidad.

Creyendo volver á la Misión, nuestros remeros hacían adelantar asombrosamente la piragua, compitiendo á porfía en quien remaría más tiempo. No sabía yo á quien conceder la palma.

—¡Adelante, bien! ¡pero manteneos firmes, muchachos!

Y la piragua volaba.

—

Habiendo partido á las dos y media, á las ocho llegamos al pueblo del niño abandonado, y nos detuvimos sólo el tiempo preciso para embarcarle.

Nos lo cedieron de muy buena voluntad.

El picarillo se ocultó á nuestra llegada, pero pronto dieron con él, y nos siguió luego, llevando, como Bias, toda su fortuna encima: *Omnia mecum porto.*

Este *omnia,* por lo demás, no le causaba molestia alguna. En materia de vestidos, llevaba una medalla con un bramante, y... á esto se reducía todo, absolutamente todo. En la mano tenía un pedazo de yuca con una cola de pescado que debió sustraer de alguna parte. He aquí su inventario; esta era toda su fortuna en este mundo.

—

—¡Adelante, muchachos! ¡remad, remad de firme!

A las ocho apareció la confluencia de los ríos Djemlwe y Bombe, á la que llegamos con algunos vigorosos golpes de pagaya: allí extendí el brazo para mostrar la dirección que debíamos tomar, á la derecha, hacia el hermoso río Bombe. Nuestros muchachos se miraron con desaliento.

—¡Valor! esto no será largo.

Una hora de piragua nos condujo, en efecto, á una aldea bulu, apellidada Mvelo. El jefe que la gobierna se llama Niembé. Como en casi todas las poblaciones bulus cuenta pocos niños, pero muchas mujeres. Para quien conoce esta raza, nada tiene de extraño. Entregados á las peores supersticiones, esclavos de los ritos más extravagantes y de los fetiches más temidos, los bulus se extinguen paulatinamente, absorbidos por los pahuinos, mucho más potentes, numerosos y enérgicos que ellos.

—

El día siguiente al de nuestra llegada tuvimos el gozo de bautizar en aquella aldea dos infelices ancianas.

Es un hecho digno de notarse que en estos países, en general la mujer acoge dócilmente el anuncio de la Buena Nueva. ¡Pobre criatura, sujeta desde la infancia al yugo más duro é innoble! ¡Ah! ¡ciertamente María, desde lo alto del cielo, parece contemplarte con más compasión y amor! Es raro, sobre todo si es sola y abandonada, ó si el marido no quiere contrariar la obra de la gracia, es raro que una mujer en el lecho de muerte rechace al misionero.

—

Luego continuamos nuestra excursión por el río. Hora y media de camino separa Mvelo de otra aldea igualmente bulu, cuyo jefe es un tratante llamado Aishe.

Es singular la raza de esos tratantes. Sabiendo algunas palabras de francés, llenos de astucia, grandes ladrones en su mayoría, pónense al servicio de algún negociante, y luego dedícanse lejos á cualquier género de tráfico: los hallaréis en los más remotos ríos, en las bahías más ignoradas. Trazar el retrato de uno de ellos es sacar la fotografía de todos. Borracho, mentiroso, ladrón, y cuando le conviene el hombre mejor del mundo, tal es el tratante. Muéstrase duro con el pobre, y blando con nosotros; siendo á veces una suerte encontrarle.

Al cabo de dos, tres, cinco años de ausencia, vuelve rico á Librevilla. ¿Qué ha hecho durante este tiempo? ¡Oh! es muy sencillo: ha robado á su amo y á su cliente. Quien dice tratante, dice ladrón. Con esto está dicho todo.

Estamos, pues, en la vivienda de Aishe. ¿Queréis que os dé un buen consejo? No pongáis los piés en su casa.

La aldea es pésima. Ni siquiera hay casas particulares. Siete ú ocho grupos albérganse en una grande y misma choza, pudiendo bien decirse que allí todo se hace en familia. Grandes y pequeños, hombres y mujeres, todos viven mezclados. Inútil es decir que es casi la única aldea donde la palabra de Dios no ha encontrado neófitos de alma sencilla y corazón recto: *Margaritas ante porcos!*

Dirigímonos en seguida, remontando constantemente el curso del río, hacia nuestros amigos los pahuinos, en la aldea de Etameyon (aquel que menosprecia, que excede á los otros), habitada por una rama de los esamevenos.

Ayuntamiento de Madrid

LA CARIDAD

(Cuadro al óleo del pintor español Sr. Estruch)

Ayuntamiento de Madrid

DE TOMBUCTU Á LAS BOCAS DEL NIGER

CON LA EXPEDICIÓN HOURST

III

De Ansongo á Say.—En las rápidas

(Continuación)

Al salir de Bouré observamos que á corta distancia las casas cambian la forma de conchas de tortuga, que las vistas hasta aquí tenían, por la cónica ligeramente encorvada, igual á la de las casas de Mesina. Entrábamos en otra nación. Estos pueblos, que respiran bienestar y abundancia, indican claramente nos encontramos en el rico y fértil Sudán. Las relaciones entre los negros y los tuaregs están reglamentadas por antiguos usos que ambas partes observan con fidelidad: ellos nos facilitan el poder tratar con estos feroces nómadas. Madidu nos prometió velar por nuestra seguridad, y cumplía fielmente su palabra, pues al llegar á Faffa recibimos la noticia de que su sobrino y presunto heredero, el que podíamos llamar su *alter ego*, pedía permiso para venir á visitarnos. Después de meditarlo detenidamente, Madidu quería completar lo que empezara en Gao, y para ello enviaba á Djamarata. Presentóse éste con dignidad y confianza, y propuso un cambio de cartas, en las cuales constasen oficialmente las buenas relaciones que su confederación mantenía con la tribu cristiana establecida en Tombuctu, y de la cual éramos nosotros embajadores.

«En otros tiempos, dijo él, íbamos á Tombuctu á comprar cuanto necesitábamos, pero desde el día en qne vosotros os establecisteis allí, ignorando si os dignaríais recibirnos, no nos atrevimos á venir por temor de llegar á un rompimiento. Con vivas ansias deseamos reanudar con este pueblo las antiguas relaciones, y proveernos en él de buenas telas con que vestirnos, á cambio de nuestros rebaños de caballos y de cuanto queráis admitir. Sólo pedimos vivir amistosamente con vosotros, lo cual deseamos y necesitamos.»

—

Efecto de la conversación que sobre el punto anterior sostuvimos, fueron las siguientes cartas:

Carta de Madidu y de su sobrino Djamarata al jefe de los franceses

«El motivo de esta carta es hacerte saber que hemos convenido con tu enviado, comandante Hourst, conocido con el nombre de Abd-el-Kader, los siguientes puntos:

«Entre nosotros y vosotros sólo reinará la amistad y la paz: vuestros comerciantes vendrán á nuestro reino por tierra ó por mar, y regresarán seguros de que nadie, entre nosotros, les causará la menor molestia.

«Vosotros no causaréis desorden ni en nuestras posesiones, ni en nuestras tradicionales costumbres civiles ó religiosas.

«Sabed también que cuando vuestros enviados hayan venido, y nosotros os hayamos dado pruebas de la verdad de cuanto prometemos, nos veréis venir á vuestro reino solos ó acompañados, por tierra ó por el río.

«Esta es la verdad escueta sin reticencias ni engaños, y de la cual no debéis dudar. Cuando nos hayáis hecho las promesas que os pedimos, seremos hermanos. Os saludamos.»

Carta de Mr. Hourst á Madidu Amonekal de los aulimmiden y á su sobrino Djamarata

«El fin de esta carta es participaros que enviado por el Rey de los franceses á esta tierra, para traer paz eterna y establecer relaciones de amistad y comercio, y teniendo amplios poderes para hablaros en su nombre con autoridad igual á la suya, puedo aseguraros que nuestros deseos son los mismos que manifestáis en la carta que me remitisteis; que no pretendemos edificar apostaderos en vuestro territorio, ni cambiar vuestras tradiciones civiles ó religiosas.

«Podréis venir tranquilamente á nuestra casa solos ó acompañados, para comerciar ó para visitarnos en todas nuestras posesiones á orillas del río, que se extienden al Oeste de la duna de Ernessé. En ellas encontraréis la paz y la amistad.

«Por lo que á la Religión se refiere, os diremos que observamos la ley de Sidna-Issa (Nuestro Señor Jesucristo), creemos en un solo Dios, á quien dirigimos nuestras súplicas, ante quien doblamos nuestras rodillas y por quien damos limosna; por consiguiente, nunca podremos impedir en el reino de otros la práctica de esta Religión, sin hacernos indignos de la protección de Dios.

«Sabed que cuanto acabamos de deciros es verdadero, pues pertenemos á una raza noble, entre la cual se desconoce la mentira, al igual que entre vosotros, que sois de noble raza también.

«Venid sin temor á nuestras posesiones en Tombuctu ó donde os plazca; por todas partes seréis bien recibidos, y os demostraremos la verdad de estas afirmaciones.»

—

A poca distancia del lugar donde permanecían anclados los buques empezaban las rápidas, y Digui aprovechando el tiempo que duraron las anteriores amistosas negociaciones, fué á explorarlas. Al regresar, haciendo una mueca de disgusto exclamó:

—Comandante: no encuentro paso seguro: nunca vi un río parecido á éste. ¿Lograré pasar? Si Dios quiere, sí, pero precisa bogar con fuerza cuando yo lo mande, estar siempre muy atentos y no bromear.

Pasamos Ansongo, lugar erizado de rocas, y entramos en la rápida propiamente dicha, es decir una como escalera que debíamos bajar, siendo forzoso cambiar constantemente de dirección, pues los pasos no se corresponden; bajado un escalón es forzoso virar en redondo, remontar impetuosas corrientes para evitar una roca que salía á flor de agua, cambiar la dirección cuatro veces cada cien metros, y marchando con vertiginosa velocidad, hacer un verdadero cálculo matemático para equilibrar de antemano la fuerza de la corriente principal, con las de las corrientes secundarias que descargaban sus ímpetus contra los flancos de la embarcación, gobernarla siempre con pronta y fuerte mano, dirigir los remeros, no equivocarse en ninguno

Ayuntamiento de Madrid

de estos múltiples trabajos, ni vacilar un solo instante; todo esto formaba el trabajo de Digui, la parte humana de la empresa: la que á la protección divina correspondía, era cuidar que en los grandiosos remolinos que forman las formidables olas, no escondiera su traidora cabeza una que otra roca, que ningún contratiempo imposibilitara las maniobras, que ni uno solo de los remeros dejara de cumplir con puntualidad las órdenes, que ningún imprevisto acontecimiento asustara la tripulación ó la distrajera un solo instante.

—

Lanzámonos los primeros con el *Davoust;* todos cumplieron heróicamente su deber: uno tras otro íbamos venciendo todos los peligros: acabábamos de pasar la última roca, cuando de súbito rompióse el palo del timón: mirámonos sin decir palabra y llenos de terror. Si esta ruptura sobreviene diez metros más arriba, irremisiblemente la embarcación se estrella contra las rocas: era la voz de Dios que decía: «¿Cómo sin Mi ayuda hubierais salvado tanto peligro?» En lo más íntimo de nuestras almas sentíamos la verdad de esta voz.

Echamos áncoras y recompusimos la avería, en tanto que el piloto hacía pasar el *Aube*.

A larga distancia veíamos Lapsanga, pasaje que tiene fama de ser el más peligroso de cuantos dificultan la navegación en este río: apercibímonos pera pasar. El primero de las rápidas de Lapsanga es un largo corredor que se abre entre una inmensa mole de piedra que va de una á otra orilla. Este paso no sería difícil si en medio de él no se elevara un enorme roca.

El *Davoust* pasó sin sufrir el menor accidente, pero varó el *Dantec* que tras él marchaba, y el *Aube* que iba á entrar en el callejón, vióse precisado á echar rápidamente el áncora. El *Dantec* fué puesto á flote, pero el *Aube,* que quedó en muy crítica posición, vióse obligada á pedir auxilio. Acercámonos cuanto fué posible, y Digui acompañado de cuatro hombres fueron á reforzar su tripulación. Continuaba el barco en situación apurada y juguete de las corrientes de la rápida, balanceábase cogido de la amarra, cual oso de un palo. Afortunadamente la amarra resistía, pero en cambio el áncora, cogida en las rocas del fondo, no podía sacarse, y fué preciso cortar la amarra. Esperóse el momento que una de las oscilaciones del barco lo colocase frente la entrada del estrecho callejón, mas el golpe de hacha no fué bueno, y al verlo el marinero repitiólo fuera de tiempo. La desgraciada embarcación cogida por el flanco fué á chocar contra la roca central. Con el golpe, la piragua rompió las amarras que la sostenían sobre cubierta, y arrastrado cual débil arista por la corriente, salió del torbellino con la quilla al aire, y sembrando á su alrededor calabazas y batería de cocina. El *Aube* salió del peligroso paso con grandes averías á los costados, preciso fué acercarse á la orilla para hacer las necesarias reparaciones.

No lejos del lugar donde anclamos, había un campamento de tuaregs: uno de éstos llegóse amablemente á saludarnos en el momento en que el capitán armado de su catalejo seguía con creciente ansiedad las maniobras del *Aube*. Mr. Hourst estaba en aquel entonces poco dispuesto á sostener conversaciones con extranjeros, y despidió brevemente al importuno, no sin dejar traslucir algo lo que su presencia le molestaba.

—Comprendo, contestó discretamente el targui, que te encuentras preocupado. Yo he venido á decirte que mi campamento está cercano y en esta dirección: si necesitas víveres basta me los mandes pedir. Dicho esto regreso á mis tiendas para retener á mis gentes, que tal vez vendrían á molestarte.

Hæc autem omnia initia sunt dolorum

Abdulaye trata de poner la embarcación en estado de arrostrar nuevos choques, mientras se hacen exploraciones hacia abajo. Digui no está muy satisfecho del giro que toma el río, y juzga indispensable arengar á su tripulación.

—Tú sabes, muchacho, que hay que prepararse para dar un buen golpe mañana temprano, á la hora de partir. Cada cual tomará su remo, sin volver la cabeza para nada: si miraseis á lo lejos, todos tendrías miedo. Además, no hablaréis palabra; ya conversaremos después. Escuchad solamente mis órdenes. Veráse quién es buen marinero, y quién es el que sabe manejar bien el remo. Tú, Padre mío, harás la oración: cada uno á su tarea.

—

Gracias á la elocuencia de Digui y á los pormenores dados por el Sr. Baudry, gozamos desde la víspera de las peripecias que habían de ofrecerse en la jornada siguiente, que debía durar cuarenta y ocho horas. Inmediatamente después de la Misa, el *Davoust* parte primero. Entre los numerosos islotes que dividen el río en un verdadero laberinto, el piloto hizo su elección la víspera, y aborda el canal estrecho, el único que le ha parecido practicable. Andamos á fuerza de brazos, pues por rápida que sea la corriente para gobernar el buque es preciso tener una fuerza superior á la suya.

Vamos derechos al paso, pero apenas salidos de él, nuestro barco recibe una espantosa sacudida: todo lo que no está sujeto á bordo salta adelante, y nos encontramos súbitamente detenidos.

—Un agujero á babor frente el camarote del comandante, grita Digui. Que nadie suelte los remos: todos los demás tomad calabazas, y vaciad el agua en seguida.

—

El comandante estaba ya á cubierta para darse cuenta de la situación: habíamos caído sobre una roca oculta en la espuma. Si la embarcación no se hubiese inclinado, quedando suspendida sobre la roca, la cala hubiérase llenado sin remedio, echándonos á pique con doce metros de fondo. A pesar del contratiempo, dijimos de corazón *Deo gratias,* y procuramos salir del atolladero.

Nuestros criados, Tierno y Suleymán, vaciaron la cala, y Abdulaye cegó la vía de agua. Con trapos tomados apresuradamente de donde podían, y sobre todo de sus ropas, nos pusieron en estado de poder navegar aún medio kilómetro. Nos aligeramos gradualmente, y fuimos á la costa para descargar la embarcación y

Ayuntamiento de Madrid

curar su herida, cosa que fué trabajo de todo el día. ¡Oh! ¡qué situación si los tuaregs hubiesen estado de mal humor! Y aun no habíamos concluido.

—

Seguían luego una serie de desfiladeros; donde felizmente la corriente, bastante débil, permitía echar el áncora, deslizarse suavemente, y dirigir la maniobra con precaución como quien enhebra una aguja.

Llegamos, por fin, al punto que pudiera denominarse «la caldera del diablo:» los diferentes brazos se reunen para precipitarse en un golfo bramador: la depresión es allí tal, que al entrar faltó suelo á nuestros piés, y caímos en un torbellino de aspecto terrible: durante quinientos ó seiscientos metros, en el fondo de las olas de espuma que se estrellaban, en un río tortuoso, cuyo desnivel era visible á simple vista, hubiérase dicho que verdaderamente había una gigantesca caldera hirviendo sobre un fuego subterráneo. Por confiado y resignado que uno sea puede desafiársele á que respire allí tranquilo. Lapsanga termina por una rápida regular como la primera; pero, viendo después de las otras, parece cosa de juego.

A Dios gracias, al parecer todo está terminado... hasta Ayoru.

La restante navegación no carece de dificultades; pero cuando los desfiladeros no son tortuosos, su paso es relativamente fácil.

—

Ayoru viene á ser una repetición de Lapsanga, repetición tan completa que el *Davoust* choca con un peñasco imposible de evitar, saltando el remiendo que se había puesto á la primera herida. En el mismo sitio el *Aube* tuvo tres tablas hundidas: siendo visible dicho peñasco, pudimos prepararnos, y después acercarnos á la costa para remediar la avería.

Referir uno tras otro el paso de las rápidas sería fastidioso. Además es imposible dar de ellas una idea á menos que narrador y lector fuesen del oficio. Kendadji, Tumore, Desa, Garidje y Kokoro son nombres que recordarán siempre á los miembros de la expedición hidrográfica fuertes emociones, grande gratitud á la bondad divina, y debida consideración á los marinos de agua dulce.

—

Pasadas las primeras dificultades serias, los obstáculos son cada vez menores y leves, mientras que los ribereños, sin ser hostiles, disminuyen gradualmente su confianza y benevolencia; pronto supimos por qué. El país no estaba ya bajo la dependencia directa de Madidu, sino gobernado por sus vasallos, especialmente Bu-Bakat-uan-Djeidu. Ahora bien: este jefe tiene resentimientos personales contra los blancos, porque el año último un explorador, procedente del Bajo Níger, le mató mucha gente, y los tuaregs están dispuestos á vengarse.

Nuestro antiguo enemigo Ahmadu Cheikhu, instalado cerca de Say, quiso esplotar estas disposiciones, y al anuncio de nuestra próxima llegada hizo proponer á Bu-Bakat atacarnos de concierto. Madidu, empero, intervino á tiempo, y una carta traída por el propio hijo de El Mokki, prohibió á los tuaregs toda agresión, cualquier hostilidad aun indirecta contra nosotros. Esto es lo que nos cuenta muy formalmente el herrero de Bu-Bakat, que viene á vernos algo más arriba de Forka.

En este último pueblo una diputación de Sinder, conducida por el hermano del jefe de la ciudad, vino para saber nuestros intentos.

—Desde hace quince días en que tuvimos noticia de vuestra llegada, nadie come ni duerme en Sinder. Si sois de corazón humano, no os detengáis en ella, pues la población está llena de terror al recuerdo de los sucesos del año último.

Concíbese que la simpatía de estas pobres gentes no ha de ser grande; así procuramos tranquilizarles, pues el miedo es á veces mal consejero, y evitamos Sinder para detenernos más abajo en Sanson-Haussa.

—

Como todas las ciudades mercantiles, Sanson-Haussa tiene una población flotante muy variada; encontramos en ella una caravana de mercaderes árabes venidos de Rhat, quienes nos confirman la toma de Kano por Rabat, y nos dan noticias del Sahara Septentrional. La masa de la población pertenece á la tribu de los curtés, tan apreciada por su espíritu leal y emprendedor, como temida por sus atrevidos golpes de mano cuando tiene queja de sus vecinos. El jefe de la tribu reside en Sorbu, en donde nos recibe muy bien: padecía á la razón de una conjuntivitis muy dolorosa, de la que el Dr. Taburet tuvo la buena fortuna de curarle.

—

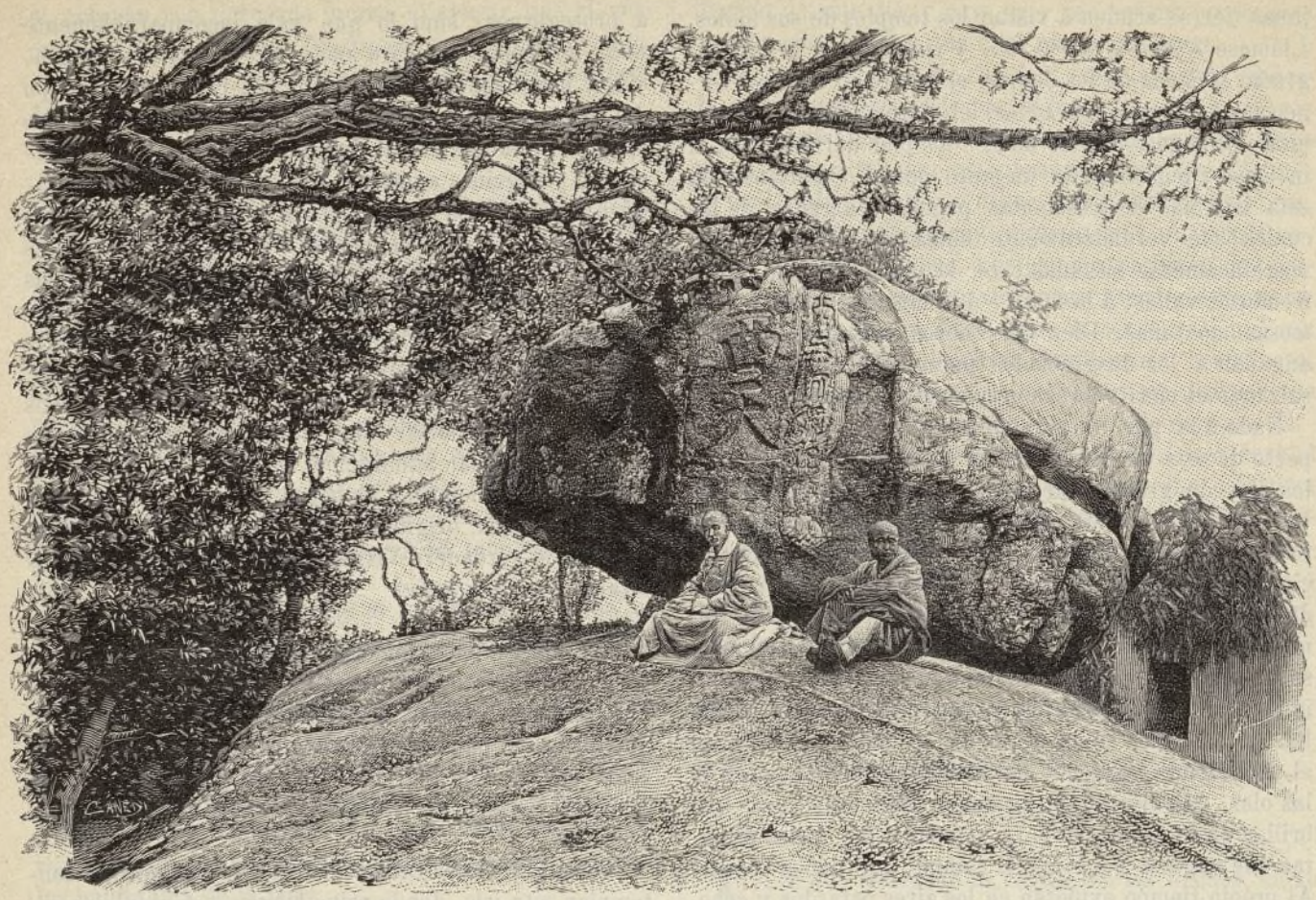
El santo día de Pascua, finalmente, franqueamos en Bubo la última serie de rápidas y llegamos al país de los tuculores. Los antiguos dueños de Segu, en número de cuatrocientos ó quinientos, han acompañado hasta allí á su soberano Ahmadu, y, gracias á sus armas de fuego, á su habilidad y espíritu guerrero, forman el núcleo de un futuro imperio, á menos que sus planes sean contrariados por un poder superior, como por ejemplo el Sudán francés, que ciertamente tiene interés en intervenir.

Pasamos sucesivamente delante de las poblaciones de Alí-Buri, de Bachiru y de Dunga, residencia del mismo Ahmadu. Las fuerzas de que puede disponer están agrupadas al rededor de la población: casi todos los hombres visten de gran uniforme, á caballo y con el fusil dispuesto, en actitud magífica. Nosotros, llevando todos nuestros pabellones, que conocen bien, bajamos el río lo suficientemente cerca de la orilla para ofrecerles combate, si tal es su deseo, y á bastante distancia, para no parecer que les provocamos, caso que sólo estén allí para la defensa. Miráronse unos á otros como fieros enemigos que repetidas veces han llegado á las manos; pero todo permaneció digno y pacífico, sin tener que lamentar el menor incidente.

El día siguiente, martes de Pascua, 7 de Abril, echamos el áncora delante de Say.

(Se continuará).

Ayuntamiento de Madrid



TCHE-KIANG *(China)*.—Pou-Tou.—*El cielo de Occidente,* piedra sagrada que ostenta la inscripción *Ho-my-do-ve*

LA ISLA DEL DIABLO Y LA ISLA DE DIOS

POR EL ILMO. REYNAUD, LAZARISTA, VICARIO APOSTÓLICO DEL TCHE-KIANG

Será leída con vivo interés la siguiente descripción de las islas del archipiélago Tcheou-san. Los detalles que sobre las mismas comunica el sabio Obispo de Ning-po son á la par instructivas y edificantes, de manera que bajo estos dos puntos de vista se recomiendan á nuestros lectores.

I

Deseos

EQUIDISTANTE del Japón y de la Formosa, dominando casi por completo la desembocadura del caudaloso río conocido impropiamente con el nombre de Río Azul, por el cual llegan las naves hasta el interior de la China, el archipiélago de Tcheou-san ocupa en las cartas geográficas lugar tan modesto como grande es su grandísima importancia estratégica. Las ochenta islas que lo constituyen extiéndense formando corona á ambos lados de la provincia de Tche-kiang. Algunos centinelas avanzados, vigilan los buques que de Europa vienen al Shangai.

—

A pesar de titánicos esfuerzos los protestantes no han logrado inficionar con sus doctrinas ninguna de las islas de este archipiélago. A duras penas han conseguido después de treinta ó cuarenta años de trabajos arrancar al Paganismo tres ó cuatro familias. Cuentan con un catequista activo y bien pagado, y todos los meses un ministro europeo viene de Ning-po á presidir la *cena*. A esto se reduce todo. Nosotros somos, pues, los únicos misioneros que hace ya más de medio siglo las venimos evangelizando. Nuestros trabajos no son estériles. Cerca de las murallas de Tnig-hay, la ciudad más importante, tenemos una grande y hermosa iglesia dedicada al arcángel San Miguel, y junto á ella una residencia y escuela de niños. Al frente de éste levántase la casa de las Hijas de la Caridad, directoras de un horfelinato que cuenta ciento cincuenta niñas, de un hospital para hombres y otro para mujeres, de un dispensario muy frecuentado, y de un catecumenado que siempre resulta pequeño para contener el crecido número de paganos que á él acuden deseando instruirse. Al Norte de la ciudad, distante un cuarto de hora de la muralla, hállase el pueblo de San Vicente con su iglesia, pequeño seminario, horfelinato y unas veinte familias cristianas. Esparcidas por otras islas del archipiélago, contamos quince cristiandades, todas las cuales progresan rápidamente. La población nos da muestras de simpatía, todos los insulares conocen á los *Padres espirituales,* y cuando recorremos las calles los niños en vez de huir asustados esperan el paso del *Kong Kong* para preguntarle con mucha política *si ha comido bien.*

—

Entre las islas todas que componen el encantador archipiélago de Tcheou-san una hay que goza de universal reputación en las provincias todas del imperio. Todos los años atrae millares de peregrinos que de le-

Ayuntamiento de Madrid

janas tierras acuden á visitar los templos de sus ídolos. Llámase *Pou-tou* ó *Pu-tou,* y viene á ser la isla sagrada, la Meca de los chinos, el centro al cual convergen las supersticiones todas, el templo donde el Paganismo prodiga todos los días, á los piés del demonio, el incienso y homenaje de un culto oficial. Cuéntanse en esta isla más de trescientas pagodas, algunas de las cuales son verdaderamente suntuosas. Todas están magníficamente situadas cabe la orilla del mar, entre frondosos valles, á la falda ó á la cima de las más hermosas montañas. Diez mil bonzos aproximadamente, engañan á los desgraciados peregrinos del diablo ensalzando el mérito de sus oraciones y acatamientos.

Nada á la par tan grandioso y triste como el aspecto de esta isla hermosísima cuanto desgraciada en los días de grandes peregrinaciones. Los juncos que transportan los píos visitantes ostentan banderas de formas y colores variados, en las cuales léense inscripciones que indican el pueblo de donde salieron ó el fin de su viaje. Al extender la noche su negro manto, ilumínanse los juncos con *teng-long* ó linternas chinas, suspendidas en las cuerdas del palo mayor, en número igual al de los tripulantes de cada embarcación. Otras luces, colocadas sobre cojinetes de paja, son echadas al mar, donde siguiendo las monótonas ondulaciones de las olas, van alejándose formando luminosas líneas que brillan en la oscuridad para señalar á las almas difuntas que vaguen perdidas el camino que deben seguir. Al propio tiempo explotan en los aires petardos y cohetes, y los peregrinos, formando coro dentro sus respectivas embarcaciones y pasando las cuentas de lo que podríamos llamar rosario pagano, recitan los interminables *ho-mo-do-ve,* acompañados por los sonidos de un instrumento de madera y de una barra de hierro, golpeada cadenciosamente para indicar las pausas y marcar el tono de la oración. Emplean el día visitando las más renombradas pagodas, haciendo largas oraciones é innumerables acatamientos cabe los más célebres ídolos. ¡Cuántos cirios encendidos, cuánto incienso y otros perfumes son quemados ante el altar! Los bonzos corren presurosos y amables al encuentro de las ignorantes muchedumbres. Para recibir á los peregrinos tienen aposentos espaciosos y bien amueblados, dotados de cuanto pueda hacerlos agradables á sus huéspedes. Levántanse también en la isla grandes hoteles con todas las comodidades que exige el europeo que, atraído por el clima fresco y agradable que en ella se disfruta, acude todos los años durante la estación de los fuertes calores.

—

Entre los centenares de ídolos que pueblan los templos de Pou-tou tendrán los paganos sus preferencias, pero ni uno entre ellos regresará á su pueblo sin antes haber dirigido sus votos á la célebre *Kouang-in,* pretendida virgen de mil ojos para velar sobre los hombres, y mil manos para socorrerlos. Vésela en todas las pagodas: sus altares están siempre rodeados por compacta muchedumbre y cubiertos por numerosos donativos.

¿No parece esta falsa diosa imagen imperfecta y desfigurada de nuestra Santísima Madre la Virgen María, que tiene no sólo mil ojos y mil manos prontos siempre á protegernos, sino lo que vale incomparablemente más, mil corazones para amarnos y colmarnos de gracias y bendiciones sin fin? Llega la tercera luna, tiempo del año que corresponde aproximadamente á nuestro Mayo, mes de las flores, dedicado á María, y la afluencia de peregrinos aumenta, ávidos de festejer el nacimiento de la falsa diosa, célebre y amada más que los ídolos todos. Y ¿es posible ver sin amarga sorpresa las largas banderas azuladas que mecidas por las brisas marinas flotan á lo alto del palo mayor de casi todas las embarcaciones, presentando al admirado visitante una de estas dos inscripciones: «Reino celeste,» ó «Santa Madre del cielo?» Al leerlas ¿no parece que leemos invocaciones católicas dirigidas á María? ¡Cuántas otras cosas causan admiración mezclada de tristeza y dolor! ¿No conocimos á un bonzo, joven de veinte años, de raza blanca, originario de Europa, que pretendía servir á la verdadera Virgen María en Pou-tou cabe los altares de *Kouang-in?*

—

Pou-tou es, pues, poderosa fortaleza del Paganismo, célebre hogar donde se cobijan todas las supersticiones. Un grande emperador, *Kang-shi,* lo regaló á los bonzos, que libres del pago de todo impuesto deben en cambio rogar por el Hijo del cielo y por la prosperidad de la dinastía. Esta es la *isla maldita,* ó si queréis la *isla del diablo.*

¡Cuán vivo dolor causa al alma del misionero el contemplar esta isla, donde reina siempre pagana alegría, rodeada por barcas vestidas de fiesta y cubierta por numerosas pagodas que rebosan siempre crecida muchedumbre de peregrinos formados por ejércitos de paganos, que vienen de lejanas tierras para rendir adoración á ídolos de barro ó madera! ¿Por qué estas pagodas no son templos católicos? ¿Por qué, si esto no es posible, no poseemos frente á frente de la *isla del diablo* una isla hermosa, encantadora, santa, una isla que llamaríamos la *isla de Dios?* ¡Cien y cien veces estos pensamientos, cual otro aguijón igual al que impulsaba á San Pablo contemplando la idólatra ciudad de Atenas, ha clavado en mi corazón su acerada punta! ¡Cuántos amargos pensamientos fórmanse al influjo de mi impotencia, y vienen á entristecer el celo que me anima!

Los deseos que aliento torturan siempre mi alma: pero un día torturáronla más que nunca: subido á la cima de alta montaña miraba á Pou-tou que extendíase ante mí y á muy corta distancia, vestida por seculares árboles que ombrean sus ricas pagodas, y adornada por los juncos que conducen á través de las olas tantos desgraciados peregrinos. Junto con un compañero hallábame en la isla llamada Fo-sin-shan, nombre profético cuya traducción literal es «La montaña de la estrella de la felicidad.» Postrados sobre la más alta cima del monte, elevamos á María ardiente plegaria que mejor pudiéramos llamar voto; al terminar, y para satisfacer los deseos que sentíamos de dejar un recuerdo de nuestra presencia en el monte, depositamos al pie de tierno arbolillo de simbólica significación, una medalla. Con ella consagrábamos la isla á María, y al influjo de nuestra alegría santa creímos entrever la *isla de Dios* alzarse majestuosa y vencedora frente á frente de la *isla del diablo.* Nuestra esperanza no era irrealizable, y latía

Ayuntamiento de Madrid

el corazón con desusada fuerza al pensar que el verdadero Dios tendría en *Fo-sin-shan* un templo grande, hermoso, al cual acudirían cristianas muchedumbres anhelosas de tributarle adoración.

—

Al igual que Pou-tou, la isla de Fo-sin-shan pertenece á los bonzos por donación del emperador *Kang-shi*. Reclinada sobre las juguetonas olas de la mar, distante pocos kilómetros de su célebre rival, parece contemplarla envidiosa y dominarla con las áridas cimas de sus altas montañas. El suelo de ésta presenta líneas enérgicas é irregulares, y sus costas, erizadas de rocas cortadas á pico, presenta á cortas distancias horribles barrancos y numerosas bahías que al subir la marea cubren las tumultuosas olas del mar. Cuando empujadas por furiosa tempestad olas enormes se lanzan al fondo de cavernas sin salida, óyese temblar el suelo bajo los piés.

Al Oeste algunas llanuras se extienden al pie de los montes que las protegen de las altas mareas. Cúbrelas un limo sutil que deja la mar al retirarse. Pasan los años, y van sobreponiéndose capas y más capas hasta que el terreno está ya formado: entonces debe rodearse con fuerte muro de piedra que le proteja de las invasiones del mar, y le defienda de los devastadores tifones, tan terribles en este país. Esta es la única tierra laborable, y dista mucho de ser suficiente para los habitantes de la isla.

Afortunadamente la abundante pesca y la sal contrarrestan en parte la ingratitud del suelo. En ciertas épocas del año cubren el mar millares de ligeras embarcaciones, que con su pequeña vela desafían el temporal y aléjanse de la costa, para acechar el paso de las grandes bandas de los peces *Ou-che* y *Tai-iu* (ladrones negros y peces cinturas). Extraen en la playa grandes cantidades de sal; pero véndese á precio muy ínfimo, y á más pesa sobre ella un impuesto, lo cual es causa de que casi no compense el trabajo.

—

Si cierto es que el país es pobre, no lo es menos que sus habitantes son los hombres mejores del mundo. ¡Qué placer tan grande sería vivir entre ellos sin este punto negro llamado Pou-tou, que entristece el horizonte! Su aislamiento les ha preservado de la corrupción que envilece las grandes ciudades, y fácil sería convertirlos si no temieran á sus codiciosos señores, los bonzos, cuyas tierras cultivan y por los cuales son explotados del modo más inicuo. Un *tolle, tolle* general elévase contra estos impostores, cuyos vicios son de todos conocidos, pero cuyas venganzas causan vivísimo terror. Los cristianos son las víctimas preferidas de sus vejaciones: ¡cuántas injusticias y violencias han debido sufrir! El temor, mejor aún, la certeza de estos malos tratos es lo que impide á los paganos abrazar nuestra santa Religión. Permanecen fieles amigos del misionero, y esperan poder sacudir el yugo del bonzo para hacerse hermanos nuestros. Así me lo prometieron dándome sus nombres: todos se convertirán al Cristianismo el día en que no dependan de los tiranos que les oprimen. La más hermosa de sus esperanzas cífranla en la pronta llegada de este día, y para que sea pronto expongo á continuación el plan que ellos me propusieron.

La capilla que en Fo-sin-shan poseemos está edificada en terreno protegido por diques que pertenecieron á los bonzos. Ante ellos extiéndese una inmensa playa que las más altas mareas cubren rarísima vez. Empresa fácil sería cerrar con dique esta porción de tierra, que mide diez mil fanegas francesas, y en la cual podrían vivir mil familias. Los campos pagarían una renta á la Misión la cual serviría para atender á las necesidades de la misma, tales como la conservación de un misionero, escuelas, hospital, despensario, horfelinato, en una palabra, todo cuanto redundara en provecho de estos desgraciados insulares, que de todo carecen. Entonces Fo-sin-shan hubiera realizado la providencial misión que su nombre indica. Veríase brillar á la cima de la *montaña* despidiendo refulgentes rayos la *estrella* que derrama *felicidad*. Veríamos elevarse majestuoso y vencedor un templo á la Inmaculada Virgen María frente á frente del pagano templo de Kouang-in, y la *isla de Dios* frente la *isla del diablo*.

(Se continuará).

LO CONVINCENTE (1)

A los que falseando la lógica de los hechos, en su rabia insana á cuanto significa en Filipinas alto sentido de Religión y de patria, van uno y otro día sacando las consecuencias de lo funesto para aplicarlas á la labor meritoria, aquí sin igual, dígase lo que se quiera, de las Comunidades religiosas; á esos que, atentos exclusivamente á la murmuración formulada por su amor propio contrariado, blasfeman de continuo lanzando acusaciones jamás justificadas, sin pensar, insensatos, en la verdad de la sentencia: «El que escupe al cielo, etc.;» á los que sirviendo de viles instrumentos andan por este mundo filipino, que es un mundo muy diferente de los demás mundos conocidos, haciendo el papel de los protervos, no por un pedazo de pan, que si por eso fuera, merecerían compasión al menos, sino por conquistar fama de filósofos y políticos avispados, y echársela de mentores y apóstoles de una redención según ellos natural y honrosa, y que nosotros conceptuamos contra natura y criminal; á esos, sí, á

(1) Artículo tomado de *El Eco de Panay*, diario de Ilo-Ilo (Filipinas), n.° extraordinario publicado el 27 de Febrero de este año. En él puede verse un grabado que representa el nuevo convento-casa parroquial de Janiuay, bendecido é inaugurado solemnemente el 28 de Enero pasado. Trae también dicho número extraordidario los retratos del P. Nicolás Gallo, misionero agustino, y curapárroco de aquel pueblo, y de los acaudalados principales D. Nicolas Galán, capitán municipál cuando comenzó la fábrica, y D. Agustín Tirador, que lo es en la actualidad. Ambos identificados en todo con su celoso párroco, le ayudaron con verdadera fe, moral y materialmente, para la terminación del grandioso edificio. El incansable P. Gallo es uno de los misioneros que más han trabajado en las islas Filipinas. Ha levantado no solamente el convento de Janiuay, sino también la espaciosa y sólida iglesia de Dueñas, y terminado la de Otón, que es sin disputa la más hermosa del Archipiélago. Tal vez en otra ocasión podamos publicar una vista de estos monumentos religiosos, y dar á conocer á nuestros lectores algunos datos biográficos del benemérito y celoso P. Gallo.

Ayuntamiento de Madrid

TOUCOULER.—Pueblo en las inmediaciones de Suy. (*Pág.* 520)

esos nos dirigimos hoy siquiera comprendamos que no es fácil llevar el convencimiento al ánimo de los sectarios por cálculo, ó verdaderamente indiferentes por temperamento y educación defectuosa.

La conciencia de los pueblos no es fruto de elaboraciones sutiles ni razones metafísicas; se forma de la realidad y virtud de los hechos que el tiempo y la lógica, esos dos factores sobre los cuales discurre la historia buscando la filosofía de lo pasado, depuran y justiprecian.

Sentado esto como axiomático, salta á la vista lo inútil de algunas elucubraciones hoy en boga, si bien están condenadas por el recto sentido y evidenciadas por el juicio en contra de los hombres sensatos, que no venden su pluma ni su conciencia.

Viene á cuento todo esto para mejor hacer comprender á nuestros lectores las consideraciones que se nos ocurren con motivo da la obra grandiosa recientemente construida en el pueblo de Janiuay de esta provincia, debido al celo de un fraile, el ya inolvidable Padre Gallo. Este sencillo Religioso agustino, que no es literato ni padece de empacho científico, y que no presume de sabio ni de politiquillo, acaba de dar un mentís rotundo, irrefutable, á todos aquellos que hoy siguen la política suicida de desprestigiar lo que en este territorio, aparte la buena intención de España, quedará incólume cuando la posteridad aquilate las virtudes que atesoran los organismos que constituyen nuestro actual modo de ser político, social y religioso.

El convento de Janiuay es un monumento dentro del eterno relativo filipino. Las vicisitudes porque pasó el proyecto de su construcción, y el mismo edificio empezado y suspendido por rigores comprensibles únicamente para los que estamos en el secreto de la enemiga vergonzosa contra los frailes que hace tiempo tiene establecidos sus aduares en el país, son la prueba más grande de lo que son capaces esas Instituciones religiosas, cuya historia es la propia historia de España, si los llamados á hacer patria pensaran más en los sagrados intereses de ésta que en sus propias conveniencias y miserias. Obra moderna y ajustada á la estética, el convento de Janiuay denuncia el espíritu progresivo que domina al fraile; el cual hoy, como en pasadas edades, no es refractario á los adelantos razonables y provechosos, como dicen sus detractores: como obra sólida demuestra que el fraile es el ser más práctico de cuantos en Filipinas tienen atribuciones para servir de guías en algo; y como obra de detalles nos dice que no en balde se debe á los frailes cuanto moral y material se conserva digno de admiración en este país infortunado.

Sí; al fraile se debe el conocimiento exacto de Filipinas en todos los órdenes, y cuanto es y vale. Admira el considerar sus grandes obras científicas, por nadie superadas ni aun igualadas; las edificaciones por ellos llevadas á cabo en todos los pueblos de estas numerosas islas; las obras comunales por ellos iniciadas y dirigidas sin intervención alguna de personal técnico; el espíritu de sana política española que informó siempre sus actos, su desprendimiento en las grandes crisis que sufrió en distintas ocasiones el país; todo, en fin, es digno de alabanza en el fraile filipino, si se le juzga con estricta justicia y se examina su labor de tres siglos sin prevenciones sectarias.

Y sin embargo de todo lo dicho, que es verdad pura para cuantos conocen de veras el país, hay espíritus enfermos de histerismo moral, siquiera ellos se juzguen fuertes, que los combaten con furia satánica. ¡Infelices! no piensan que con ello perjudican en primer término al país, y el nombre y los intereses de la patria; por los cuales debemos velar todos antes que por nuestros propios intereses.

Id á Janiuay, ciegos ó malvados, lo que quiera que seáis; contemplad aquella hermosa iglesia, hace cerca de cuarenta años edificada sin intervención de arquitectos aparatosos; aquel cementerio digno de una capital de primer orden; los edificios escuelas para niños y

SUDÁN FRANCÉS.—El *Aube* en la última rápida de Lapsanga. (*Pág.* 519)

Ayuntamiento de Madrid

niñas, mandadas levantar por los que motejáis enemigos de la enseñanza; y por último, admirad el nuevo convento; preguntad á aquellos sencillos vecinos por los PP. Caro, Llorente y Gallo; y ellos os dirán, como nos lo dijeron á nosotros, y como lo suelen manifestar orgullosos á cuantos pretenden sondear su ánimo, lo que para bien de su querido pueblo hicieron los tres mencionados agustinos.

Seguid, después de ver á Janiuay, á Cabastián, Santa Bárbara, Dumangas, Miagao y San Joaquín, concretándonos á esta provincia, porque ello basta para prueba; haced idéntica pregunta y os responderán pronunciando con respeto los de los PP. Santarén, Pérez, Florencio, Llorente, Gutiérrez, Fernández, Vamba, etc.

¿Os daréis por convencidos después de recorrer esos pueblos, y hacer las indagaciones que dejamos indicadas, de que todo lo mejor aquí es obra de los frailes?

Sí; ó de lo contrario sois malvados y no ciegos; porque la prueba á que os sometemos es, lleguéis ó no á confesarlo, prueba convincente.

BOSQUEJO HISTÓRICO

DEL ACTUAL ESTADO DE LAS MISIONES FRANCISCANAS EN EL NORTE DE LA PROVINCIA DE SANTA FE, POR EL PREFECTO APOSTÓLICO DE LAS MISIONES, FR. VICENTE COLONI.

XX

Nuestra Reducción de San Martin *(continuación)*

Escaso de peones, el pobre P. Jerónimo Marchetti, con el hábito remangado, y descalzo en el mes de Junio, nos alcanzaba el barro, mientras yo voleaba los ladrillos para mejorar nuestra pobre y nueva habitación, en la que vive el Padre misionero actualmente.

Esta nueva posición de nuestra Reducción, se encuentra á veintiún metros sobre el nivel de las aguas; por lo que no sólo domina la alta y baja planicie del terreno de la Misión, sino que extendiendo uno su vista, se enseñorea hacia el Este del lecho de los bajos saladillos, hasta San Javier, en una extensión de diez leguas; al Oeste la estación Crespo, y la vía férrea del tren que va y viene de Reconquista y demás estaciones; al Sud y Norte los montes que lo rodean.

El terreno de esta Reducción, como el de las colonias vecinas, es fertilísimo en la sementera del maní, lino y trigo, etc.

Las aguas potables son inmejorables; la ventilación es continua; por cuya causa el estío no es cruel; y en el invierno el frío es intenso. Esta Reducción en los ocho años que lleva de su existencia, tiene un hermoso templo, escuela de niños y niñas, buenas casas de negocio, juez de paz y tres colonias extranjeras, que garanten su riqueza y su porvenir.

Nuestros indios ocupan cuarenta y cinco concesiones de su propiedad, y setenta y cinco solares en la planta urbana del pueblo. Es cierto que no todas las trabajan, pero bastante siembran, y cuidan con esmero su propiedad.

Esta Reducción, que el 80 contaba con ochocientos indios arrancados por nuestros misioneros á la barbarie, fué casi destruida por haberse traído por el Gobierno una parte de ellos á Santa Fe, y distribuidos entre las familias; otra á nuestra Reducción de Santa Rosa; una tercera al servicio militar; una cuarta se sublevó, y la quinta quedó en su puesto; que es la que constituye hoy nuestra Reducción, que no ha de pasar de trescientos indios.

El total de la población del distrito de esa nuestra Reducción no ha de pasar de 2,500 almas.

XXI

Nuestra Reducción de la Purísima Concepción de Reconquista

Saliendo de San Martín al Norte, se toma el tren en la estación Crespo. El camino hacia Reconquista es de los más románticos, y el viajero que por primera vez hace ese viaje, queda extasiado por tanta belleza que la naturaleza le brinda: á unas cinco leguas de la estación Crespo empiezan los islotes de montes naturales de quebracho, ñandubay y algarrobos, etc.

A cada paso se encuentra con un rancho de paisanos criollos, *puestos* que cuidan algunos animales de ricos propietarios, ó cuidan las puertas de algunos alambrados; más allá una estancia con todas las comodidades de una casa de campo, donde vive allí alguna familia aristocrática, venida de la ciudad á extasiarse en los embelesos de la tarde y en los perfumes de la mañana.

Absorto en esta extática contemplación, llega á la estación Fives Lille, á poca distancia Calchaquí, en seguida Margarita, Espin y Vera, poblaciones todas que se han levantado como por encanto en medio de los bosques por la fuerza progresista de la locomotora.

Estas poblaciones ni son agrícolas ni ganaderas; son un poco de todo: y sus habitantes los más viven del trabajo en la explotación de los montes, cortando y trayendo rollizos á las estaciones del tránsito.

En este trayecto el viajero concienzudo elevándose más arriba del terreno, se remonta al *fiat* de la creación, al considerar á aquellas quince ó veinte leguas de bosques vírgenes, que la naturaleza brotó de su seno al soplo del Todopoderoso.

Allí ve el viajero inmensos bosques de quebracho blanco; idem colorados, de ñandubay y algarrobo, poblados en distintos terrenos sin el arte del hombre, como si hubieran querido formar una sola familia, separados de las demás especies para no confundir, por decir así, sus razas y su sangre; y cuando el silbido de una locomotora le anuncia la proximidad de una estación, ó un cruce de tren de carga, observa asombrado deslizarse silenciosos quince, veinte wagones cargados de grandes rollizos, que la mano del hombre ha arrancado de las selvas para utilizarlos en sus industrias. Esto no sucede de vez en cuando, sino todos los días, ocho ó diez trenes de carga cruzan esa rica zona de la provincia de Santa Fe.

Esos terrenos no se prestan para la agricultura; porque donde nace y se cría el quebracho, es terreno bajo y gredoso; al contrario del ñandubay y algarrobo, que escoge el mejor terreno: sin embargo, explotados esos montes en su riqueza natural, y abriendo esos campos sombríos al aire libre y ventilación, al poco

Ayuntamiento de Madrid

tiempo se mejoran y pueden aprovecharse para estancias ganaderas de grande importancia, por el clima más templado que ocupan.

De Vera sale un ramal de vía férrea que va al centro del Chaco, grado 28 de latitud Sud; yo seguiré por el momento el que va á Reconquista.

Después de ocho ó nueve leguas de camino entre montes cruzando las estaciones Caraguatay, Malabrigo y Berna, se llega á una alta planicie de terreno sumamente apto para la agricultura. Este terreno se compone de seis leguas de largo por diez ó doce de ancho: hoy es poco poblado, pero no tardará en poblarse, porque el sólo mirarlo, parece que diga: Súrcame, que hallarás tu felicidad y bienestar. Ya estamos á las puertas de nuestra Reducción de Reconquista.

Esta Reducción se fundó en 1872. En aquel tiempo no había ferrocarriles, ni cosa semejante. La travesía que al presente hace el ferrocarril, hacerla á caballo ó en carro habría sido imposible por los indios y los montes: por la costa, saliendo de San Javier, era de igual modo por las mismas razones impracticables: no quedaba, pues, otra vía de comunicación que la fluvial yendo á Goya (terreno correntino), y de ésta, de algún modo pasar á Reconquista.

El primer Padre franciscano que regentó esta nueva Reducción fué el P. Ireneo Chiqui. Este misionero, en los primeros meses de su llegada, á falta de otras comodidades tenía que dormir en la *cuadra* ó en el fuerte, donde dormían los demás de las tropas y oficiales. Los indios, que al parecer no se mostraban hostiles, una madrugada, después de diana, avanzaron lanza en mano sembrando el terror y brindando la muerte á cuantos encontraban. La serenidad y valor de los jefes pudo parar este golpe de mano, por demás audaz de los indios. El Padre, asustado, huyó como pudo, y llegó á Goya para no volver jamás, y lo reemplazó el P. Bernardo Tripini, que él también casi perdió la vida en una expedición á los cantones, recibiendo una lanzada en el brazo, y que levemente le hirió el costado, pero esto no fué un indio, sino un cautivo que muchas veces le había alimentado, como él afirma. El 79 fué el P. Antonio Rossi con encargo de la construcción de la iglesia.

Reconquista, antes San Jerónimo del Rey, está fundada sobre la margen derecha del arroyo del mismo nombre, pero no en el mismo lugar donde estuvo la antigua San Jerónimo. Este arroyo es un riacho cualquiera: nunca se seca, pero en grandes lluvias sabe ponerse bastante amenazador. Este mismo arroyo hace poco constituía el deslinde de la provincia de Santa Fe con el territorio nacional: hoy, con la última ley del Congreso de la Nación (si no me equivoco del 76), la última población de la provincia es la colonia de Florencia, al grado 28 de latitud Sud.

La planta urbana del pueblo es bien delineada: tiene rectas y anchas calles, una hermosa plaza de cuatro cuadras, bellas casas de familia é importantes casas de negocios, una escuela graduada de niñas y varones, varias escuelas particulares; jefatura política, juez de paz y Comisión de Fomento, farmacia y doctores en medicina. Hermosea esta progresista población el hermoso templo que la Misión ha levantado para el culto de Nuestro Señor. El lector puede calcular los sacrificios para la construcción de este edificio, en tiempo que no había vía férrea y la navegación escasa. Un Padre misionero franciscano regenta esa nuestra Reducción.

La población indígena, antes tan numerosa en esta Reducción, se halla muy reducida á causa de la viruela, que más de una vez la ha aniquilado; pues parece que en ella se desarrolla con más fuerza, especialmente en los indios recién reducidos, y porque una parte se trasladó á nuestra Reducción de San Javier. Actualmente serán unos trescientos, que ocupan un barrio al Noroeste del pueblo, y diseminados en los montes en el trabajo de madera ó de peones en otras faenas.

La población de la planta urbana del pueblo, es de todas las lenguas y de todas las naciones, sin atreverme á decir cuál es el elemento mayor de la población.

Las colonias que rodean á esta población, son compuestas en su totalidad de italianos, *furlanos,* gente muy buena, religiosa y trabajadora. La cosecha del maní es la sementera principal; pues el trigo y el lino, aunque se críen con mucha lozanía no dan buen resultado en la carga de la semilla: tal vez sea por la calidad de la temperatura un poco elevada; pues se halla al grado 29 de latitud Sud. Tiene también establecimientos estancieros de regular importancia, buenos montes en explotación y un puerto de bastante calado, por el que tiene también su comunicación con Goya y con los demás puertos de la República.

Esta población, antes tan comercial, hoy ha decaído bastante en esta rama de la industria humana, sea por falta de capitales, sea por la baja del precio de las maderas, sea finalmente por la paralización de la vía férrea que, partiendo del puerto de Reconquista, debía unir todo el Chaco Austral y Boreal al bienestar de ese centro.

Linda ésta por el Norte con el arroyo del Rey, por el Sud con la colonia Malabrigo, por el Este las islas del Paraná y por el Oeste el desierto.

CRÓNICA

Filipinas.—Cartas llegadas por el último correo de aquel país y subscriptas por personas respetabilísimas, dan cuenta de los malos tratamientos á que las huestes de Aguinaldo sujetan á los prisioneros españoles, especialísimamente á los Religiosos, objeto de su odio más enconado.

Al venerable obispo de Nueva Segovia, conocido por el Obispo de Ilocos ó de Vigán, Ilmo. Sr. D. Fr. José Hevia Campomanes, prisionero de los insurrectos del Norte de Luzón, sus diocesanos, se le obliga á ganar el miserable sustento que le dan sirviendo como *zacatero* ó encargado de la corta y transporte de *zacate,* gramínea que allí es el pasto único que se administra al ganado caballar.

En Bulacan sufren del mismo modo los venerables Religiosos franciscanos PP. Antonio Martín de Vidales, Vicente Gómez Carreño, Eugenio Gómez Miguel y Leonardo Eraso, párrocos respectivamente de Bocane, Santa María de Pandi, Meycauayan y Marilao, quienes, fiando en las protestas de fidelidad á España que venía haciendo el famoso capitán José Serapio, exgobernadorcillo de Santa María de Pandi, se acogieron á la protección de éste en el pueblo citado, del que es cacique, creyéndose más seguros allí que en Manila.

Siendo de notar que de los Religiosos franciscanos prisioneros

Ayuntamiento de Madrid

de los insurrectos filipinos, unos treinta de que se tuviera noticia á la fecha de esas cartas, los peor tratados son precisamente los que está sujetos á la gente del capitán José, el tan ponderado auxiliar de los españoles.

Méjico.—De Caborca, Sonora, escriben lo siguiente:

«Las buenas obras siempre producen efectos provechosos y saludables. Desde que vino al pueblo de Caborca el Sr. Pbro. misionero D. Manuel Piñán, se dedicó con asiduidad á las tareas de su alta misión de difundir en la tribu papaya, las verdades contenidas en el Evangelio de Jesucristo, y á los oficios concernientes á su ministerio. La primera vez que tuvimos el honor de oírle predicar, el tema de su sermón fueron aquellas divinas cuanto significativas palabras: «La paz sea con vosotros,» saludo usado por el Mártir del Gólgota para con sus discípulos. Desde luego notamos su facilidad para el púlpito, el don de la palabra, aquellas reflexiones teológicas y filosóficas, la fuerza de su lógica en sus argumentos y comparaciones, propiedad y elocuencia en el discurso, y muy notable experiencia.

«La vez á que aludimos asistió al templo muchísima gente del pueblo y de otras partes: todos salieron muy complacidos y satisfechos, no escuchándose otra conversación que la agradable cuanto sublime predicación del Sr. Piñán.

«Transcurrieron unos cuantos días, que apenas sirvieron al señor Piñán para descansar de su dilatado viaje, y emprendió su camino para las rancherías de papayos, á fin de conocer el terreno que debía andar y cerciorarse de la manera de vivir, costumbres é índole de aquéllos. En todas las Comisarías y ranchos que tocó fué bien recibido, y sólo tuvo que extrañar el corto número de papayos que logró ver, por hallarse éstos muy diseminados.

«No obstante, en Quitobach con los que había en este punto, acordó la erección de una capilla. Igualmente lo hizo en El Tren y El Plomo. En Santo Domingo la encontró hecha.

«Todos los papayos que conoció lo saludaron gustosamente, ofreciéndole sus servicios y estar sumisos á sus disposiciones.

«En lugares que juzgó conveniente celebrar el sacrificio de la Misa, el Padre misionero hízolo sin dificultad, por llevar consigo lo más esencial para tan santo acto, el que fué visto por los indios con mucho respeto, quietud y atención, felicitándose los unos á otros por tener un sacerdote que les enseñase la manera de dar culto á Dios.

«De regreso, el Padre misionero, le acompañaron algunos papayos, sirviéndole con mucho comedimiento en el camino, y las bestias que tiraban el carruaje en que venía fueron facilitadas por aquéllos.

«Apenas dejó pasar un día el P. Manuel Piñán, y prosiguió su Misión en este pueblo, predicando diariamente y á veces por la noche. Se ocupó de reunir un gran número de niños, y de darles instrucción en la doctrina cristiana para afiliarlos al gremio de los fieles en Jesucristo, inspirándoles en aquella pura moral que forma el corazón del hombre creyente en Dios, en su poder é infinita sabiduría.

«Admirable fué el resultado benéfico que produjo la enseñanza á los niños en un breve tiempo. Era insoportable la conducta de éstos, sus modos, costumbres y blasfemias. No valían los cuidados de sus padres ni la persecución de la Autoridad para contenerlos. Hoy se abstienen de vagar por las calles, mejoran de costumbres, y se portan como niños que hace tiempo reciben educación. Todo esto es debido á los trabajos esmerados y constantes del P. Piñán.»

Las islas de Hawaii.—El *Monitor* de San Francisco, California, hace pocos días que publicó una breve reseña acerca de la posición de la Iglesia católica en estas islas, la cual publicamos con muchísimo gusto y alegría.

Cuando los ministrillos entraron en el Hawaii muchos años ha, y tomaron posesión de las islas, al momento haciéndose fuertes y parapetándose tras de mentirosos embustes y calumnias se opusieron á que los misioneros católicos entrasen en las islas: para obtener este fin incitaron á los indígenas á que hiciesen guerra sin cuartel á todos los que profesasen la Religión católica.

Mientras que encendían el fuego de la persecución no se olvidaban de sus cofres y sus bolsillos, y los que entraron en aquel terreno con sólo un saco, ó una levita, ó un frac, ¡¡¡qué amantes del Evangelio!!! salieron con varios cofres bien repletos y no de aire.

¡Cuán diferente es el cuadro que se nos presenta ante nuestra vista al considerar lo que ha hecho la Iglesia católica en aquella nación. Oigamos al *Monitor:* «Las islas de Hawaii forman un vicariato apostólico, y están al cargo de los sacerdotes de la Congregación del Sagrado Corazón. El vicariato abraza la isla de Hawaii, que es la mayor; Mauii, Kokalawe, que sirven sólo para asestaderos de los ganados de cierto W. H. Cummings; Lanai, que pertenece enteramente á un tal vaquero Gibson; Molokai, donde trabajó y murió el héroe P. Damián; Vahu, donde está situada Honolulu, y Kawai.

«En las islas hay 33,000 católicos, 39,000 entre paganos, protestantes y agnósticos, y 45,000 chinos y japoneses. De donde se ve que la Iglesia ha ganado casi la mitad de la población blanca é indígena, á pesar de que los ministrillos tuvieron el monopolio de las islas por muchos años. Casi todos los católicos son ciudadanos nacidos en el país: los ministrillos lo que hicieron fué robarles el terreno, traerles la lepra, causándoles muchos otros males; así no es extrano que los naturales del país aborrezcan á los ministrillos y á la clase de religión que les predicaban.

«Es imposible el describir en breves líneas el celo y el heroísmo de los sacerdotes que están trabajando en estas islas: baste decir que todos ellos son unos verdaderos Padres Damians, y con esto se entiende la grande influencia que tienen con toda clase de gente, mientras que sólo el nombre de *misionero* aplicado á los ministrillos, es entre ellos el mayor insulto y oprobio que se puede aplicar á un hombre racional, pues este nombre les trae á la memoria la más refinada hipocresía de aquellos que, presentándose como ministros del Evangelio, les despojaron de todo lo que tenían, engordándose los llamados apóstoles, apóstolas, apostolitos y apostolitas, á costa de los bienes ajenos. Hoy los sacerdotes católicos están ocupados en auxiliar y socorrer á las víctimas de la avaricia de los ministrillos, y en salvar lo que queda de la población.

«Los católicos tienen en la ciudad una bonita catedral y 7 capillas administradas por 5 sacerdotes; en lo restante de la isla de Vahu hay 11 iglesias y 6 sacerdotes. En Kawai, 7 iglesias y 2 sacerdotes; en Molokai, 7 iglesias y 2 sacerdotes. En Mauii 19 iglesias y 4 sacerdotes y en Hawaii 38 capillas y 7 sacerdotes. En todo hay 33 sacerdotes y casi 100 iglesias ó capillas.

En Honolulu, los Hermanos de María tienen un colegio con 566 alumnos, y las Hermanas de los Sagrados Corazones tienen una academia con 469 niñas. Las Hermanas de San Francisco tienen lazaretos en Honolulu y en Molokai; y un hospital en Waiku. Estos son los frutos de la verdadera Religión, y esto es lo que admira y lo que atrae á todo hombre cuerdo y sensato á abrazar la verdadera fe, porque «por sus frutos los conoceréis.»

Oceanía.—La *Semana Religiosa* de Poitiers anunciando la muerte del Rdo. P. Bontemps, misionero en las islas Gilbert, refiere este rasgo interesante:

«Era menester oírle referir las peripecias de su vida de misionero, cómo estuvo á punto de morir años atrás. He aquí esa relación:

«El H. Conrado, su compañero, se acerca á su lecho y le dice:

«—Padre, ¿debo hacer ahora el túmulo de su Reverencia?

«—¡Oh ciertamente, mi amigo! tened la bondad de prestarme este último servicio.

«El Hermano parte, y vuelve al momento afligido; algo falta sin duda.

Ayuntamiento de Madrid

«—¡Padre!

«—¿Qué hay, amigo mío?

«—¡No hay tablas!

«—¡Está bien! Me envolveréis en mi colchón; pero reflexionando dice al Hermano: Mirad, en aquel sitio hay todavía dos tablones.

«—He encontrado, Padre

«—Bien, pues, hacedlo ahora; apresuraos.

«Y el cajón se construyó á dos pasos de él; detrás de un pequeño tabique de hojas, cepillando las tablas...

«Cuando el Hermano terminó, vino á avisarlo al P. Bontemps.

«—Padre, está concluido.

«—Todavía no, respondió el Padre, que pensaba en otra conclusión que á la del cajón.

«—Es vuestro cajón el que está terminado.

«—¡Oh! gracias, Hermano mío; ponedlo allí que espere.

«Pero la muerte no vino ni al día siguiente ni al posterior. No vino sino siete años más tarde, en los momentos en que el Padre veía prosperar su obra.

«La Congregación de Isudun recibió la noticia del fallecimiento en Sidney (Australia) del P. Bontemps.

«La enfermedad ha triunfado esta vez, y el cajón ha sido utilizado en su destino siete años después de su construcción.»

VARIEDADES

Á ESPANA EN SUS DESGRACIAS PRESENTES

I

Todas las glorias que ostentas
En tu historia prolongada,
Todas son, patria adorada,
Trofeos de tu piedad.
Dios en sus sabios consejos
Compensó con larga mano
El celo del pueblo hispano
En defender la verdad.

II

Mas hoy, rota la cadena
De tus santas tradiciones,
Eres de extrañas naciones
El escarnio y el baldón.
Renazca en todos tus hijos
De la fe el germen fecundo,
Y otra vez serás del mundo
La más gloriosa nación.

Fr. Mamuel Díez Aguado,
agustiniano.

LA CABALGATA HACIA LA TUMBA

BALADA ALEMANA

En el castillo de Gemersheim, debilitado el cuerpo, vigorosa el alma, el emperador Rodolfo (1) inclina su cabeza encanecida sobre el ajedrez, su juego favorito.

(1) El emperador Rodolfo, á quien se refiere la balada, fué un príncipe leal, valeroso y de una gran piedad. Elegido emperador en 1273 por la Dieta, reunida á instancia de Gregorio X, para poner término á la anarquía que ensangrentaba la Alemania, murió en Spira, como dice la balada, en 1291, después de un reinado glorioso y feliz de dieciocho años.

—Mis buenos servidores los médicos, dice, respondedme sin rodeos: ¿cuándo mi alma, dejando este cuerpo en ruinas, volará á Dios?

—Señor, responden los médicos, hoy sonará probablemente la hora.

—Gracias por tan buena nueva, dice el anciano, con una alegre sonrisa.

—¡A Spira! ¡adelante, á Spira! exclama al concluir la partida. ¡Allí duermen el sueño eterno los héroes de Alemania! ¡allí quiero yo morir!

¡Sonad trompetas! ¡que traigan mi caballo de batalla, que tantas veces me llevó á la victoria!.. Todos permanecen callados, inmóviles; pero él grita: ¡Obedecedme sin vacilar!

Traen su caballo de batalla.

—Mi fiel amigo, dice Rodolfo, no es á la guerra, es á la paz eterna á la que vas á llevar á tu señor, fatigado de la vida.

Todos están en pie, llorando al rededor de Rodolfo, que sube sobre su caballo favorito, y moribundo ya, sale del castillo, llevando un sacerdote á su derecha y otro á su izquierda.

Los tilos del camino inclinan tristemente las ramas á su paso; las aves se ocultan entre las hojas, y hacen oir cantos de duelo.

De todos lados, al rumor de la triste nueva, la multitud sale presurosa á su encuentro. Todos contemplan ansiosos al héroe que va á morir, y se oyen sollozos ahogados por todas partes.

El anciano entre tanto, conversa con sus dos santos compañeros: hablan de las alegrías del cielo, y al hablar la expresión de su fisonomía es sonriente, como si en el mes de Mayo corriera á una fiesta.

De lo alto de la catedral de Spira, el sonido de las campanas resuena á lo lejos: nobles, plebeyos, niños, mujeres, salen llorando en su busca...

Con un paso rápido, ha entrado en el salón imperial, y sentado en su trono de oro oye á su pueblo rezar por él.

—¡Dadme el cuerpo del Salvador! dice con voz desfallecida, y su fisonomía recobra el brillo de la juventud en el momento de su muerte.

De repente el salón se ilumina con una luz que no es de este mundo. El cuerpo del héroe muerto permanece sentado: la alegría del cielo se refleja en su semblante.

Las campanas no necesitan anunciar la terrible noticia, ni los mensajeros correr para convocar á su entierro. A todo lo largo del Rhin, los corazones han presentido la muerte del héroe.

El pueblo se precipita como un torrente hacia la catedral, y la plaza desaparece bajo la muchedumbre inmensa. La iglesia terrestre recibe el cuerpo de Rodolfo, y la Iglesia celestial se abre á su alma.—J. Kerner.

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

J. S. . . . . 5 pesetas.

(Se continuará).

Tipografía Católica, Pino 5, Barcelona

Ayuntamiento de Madrid

XIII

EL NOTARIO APOSTÓLICO

Dos días después Lea, con la cabeza modestamente cubierta, acompañaba á la santa emperatriz Elena á la humilde morada del Papa Silvestre, cerca del monte Vaticano. Eran esperadas, y los domésticos las guiaron á una sala en donde el Pontífice, rodeado de sus clérigos, leía y comentaba la santa Escritura. Una puerta abierta dejaba ver un oratorio en donde el Santo Padre estudiaba, escribía, meditaba en presencia de su divino Maestro. Si Lea hubiese osado levantar los ojos, no hubiera visto á su alrededor en el palacio del Sumo Pontífice de los cristianos más que la noble sencillez evangélica. Algunos mosaicos representaban á Pedro y sus sucesores, siervos de los siervos de Dios, vicarios de Jesucristo en la tierra, que habían pagado casi todos al divino Maestro el tributo de su fidelidad, sellado con su sangre; el Pescador de Tiberíades, crucificado como su celestial Amigo; Lino y Cleto, decapitados; Clemente, sumergido en las aguas del mar Caspio; Alejandro y Telesforo, cuyo zelo y fatigas coronó el martirio; Víctor africano y Calixto romano; Cornelio, muerto bajo Decio; Marcelino y Marcelo, á quienes obligaron los paganos á guardar las bestias del anfiteatro; Melquíades, predecesor de Silvestre, que no derramó su sangre, pero que sufrió mucho, antes de entrar en el descanso del Señor. Treinta y tres Pontífices se habían sucedido en el espacio de tres siglos, ¡tantas eran las cabezas sagradas que había segado la cuchilla de la persecución! El Salomón que sucedía á esos gloriosos Davides había tenido también su parte de fatigas y de tribulaciones; é investido con el soberano poder sobre las almas, y rodeado de honores, reinaba con humildad, feliz viendo en paz á la Iglesia de Cristo, pero preparado para nuevos combates y para pasar del trono Pontificio á la cárcel Mamertina.

Al ver á la Emperatriz y á su compañera, dejó el sagrado Libro sobre un pupitre de madera de cedro, y dió su bendición á las dos mujeres, que se arrodillaron á su presencia. Elena tomó la mano de Lea, y dijo al Papa Silvestre:

—Beatísimo Padre, os presento una nueva oveja para el rebaño confiado á vuestra guarda. Lea Valeria desea recibir el santo Bautismo.

—¡Dios sea con ella!

—Santísimo Padre, dijo Lea conmovida, he tenido ocasión de saber que mi padre, Valerio-Aulo, y mi madre, Junia-Lucina-Valeria, dierón su vida por la fe de Cristo. ¿Podría dárseme alguna aclaración sobre el particular?

El Pontífice le hizo señal para que se levantara, y después de reflexionar, respondió:

—El número de los Mártires bajo los últimos Emperadores fué tan grande, que no he podido guardar la memoria de sus nombres benditos; sin embargo, en todo tiempo, desde San Pedro, ha sido costumbre en la Iglesia de Dios conservar por escrito los hechos de sus gloriosos combates; y aunque el emperador Diocleciano mandó entregar á las llamas muchos de esos preciosos documentos, quedan todavía bastantes... Ved, hermano mio (dijo dirigiéndose á uno de sus familiares), ved si en vuestros anales encontraréis algun recuerdo de los padres de esta joven.

El anciano presbítero tomó y hojeó largo rato un volumen que contenía las actas de los Mártires, trazadas con frecuencia al pie del patíbulo, á corta distancias de la hoguera, por los llamados notarios apostólicos, que con peligro de su vida iban á recoger la postrera palabra, la última gota de sangre de sus hermanos. Mientras iba recorriendo ligeramente aquellas páginas, leía á veces en alta voz:

—Aquí se encuentran, decía, los anales de la persecución de Diocleciano y Maximiano, el año 303 de Jesucristo... El edicto manda que sean arrasadas las iglesias de los cristianos, quemados los libros de nuestra santa fe, los nobles cristianos marcados con la nota de infamia, y los plebeyos reducidos á esclavitud... Un nuevo edicto fulmina sentencia de muerte contra todos los fieles... Doroteo, oficial de cámara del Emperador, es llevado á morir al mismo tiempo que Gorgonio... Antimo, obispo de Nicomedía, es decapitado... La ciudad de Tiro y la Palestina ofrecen al cielo generosos holocaustos... Actas de los Mártires de la Tebaida, que sufrieron tan horribles tormentos... Carta del obispo de Fileas á su pueblo, refiriendo la confesión de nuestros hermanos de Alejandría... Historia del martirio de cinco mujeres de Tesalónica, almas intrépidas en tan débiles cuerpos... ¡Ah! aquí están las actas de los notarios romanos... son más breves, al par que más numerosas...

Y continuaba recorriendo rápidamente aquellas gloriosas páginas, que á menudo no contenían más que un nombre, una fecha, una indicación, que atestiguaba los temores y la dolorosa premura que comprimían la pluma del escritor.

—El interrogatorio de la virgen Cristina... el del glorioso Luciano, presbítero... el de Arnobio, nuestro apologista... el del cómico Ginés... Al fin, aquí va una nota que satisfará los deseos de esta noble jóven:

«Valerio-Aulo, de raza consular, preso entre cadenas, por la fe, compareció ante Plautiano, prefecto del pretorio. En el interrogatorio confesó á Cristo con noble firmeza, y fué decapitado el 8 de las calendas de Septiembre.

«Depositado en la cripta de la vía Nomentana.

«Su consorte, Junia, de antigua y noble familia, negóse á entregar las santas Escrituras, por lo cual fué encarcelada, puesta en tortura, y arrojada al Tíber.

BIBLIOTECA DEL HOGAR.

Serie de novelitas de sana tendencia moral, y que, á par de honesto recreo y pasatiempo, ofrecen á las familias católicas instrucción y prácticas lecciones de buen gobierno en la vida social de nuestros días. Van ilustradas con profusión de interesantes dibujos. Se han publicado hasta ahora las siguientes: **No más mostrador**, por D. Francisco de P. Capella.—75 cénts. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.—**Espera**, por Aurora Lista.—75 cénts. en rústica, 1'25 ptas. en tela.—**Sin Dios**, por Raquel.—75 cénts. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.—**Cadena de oro**, por Aurora Lista.—1'25 ptas. en rústica, y 1'75 en tela.—**La Firma del banquero**, por Aurora Lista.—50 cénts. en rústica, y 1 pta. en tela.—**Amistad ó una virgen-apostol del siglo IV**. Novelita histórica, traducida y arreglada del francés.—50 cénts. en rústica, y 1 pta. en tela.—**La Gitana**, por D. Francisco de P. Capella.—75 cénts. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.—**La Perla preciosa**, por Matilde Bourdón.—75 cénts. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.—**Una madre como hay muchas**, escenas de la vida íntima, por Noberto Torcal.—75 cénts. rústica, y 1 pta. en tela.—Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.—**De mi cosecha**. Cuentos varios, por D. F. de P. Capella.—50 cénts. rústica, y 1 pta. en tela.

Ayuntamiento de Madrid

«Depositada en la cripta de la vía Nomentana.

«Estos dos santos Mártires han dejado de su enlace una hija, que está en manos de su abuelo todavía pagano...»

—¡Esta hija implora la gracia del Bautismo! repitió Lea postrándose á los piés de Silvestre.

—Se cumplirán vuestros deseos, hija mia; la noble Elena cuidará de haceros instruir, y pronto entraréis en el rebaño que Dios ha confiado á nuestra custodia. Haceos digna de vuestros padres, y en estos días de paz en que entramos transfórmese en vuestro corazón el valor que mostraron en caridad para con vuestros hermanos. Portaos como digna hija de estos santos Mártires, que ruegan por vos y que os aguardan; no olvidéis que sois hija de Santos, y que para juntaros con ellos debéis imitarles...

—Santísimo Padre, dijo la Emperatriz, espero que esta joven y mi nieto Crispo recibirán el santo Bautismo en la capilla del palacio que el Emperador quiere dedicar al Salvador, y donde serán honrados los dos santos Juan. Un dia, si mis votos son oídos, trocaréis esta morada por el palacio de San Juan de Letrán. Pienso que esta es la intención de mi hijo.

—¡Ayer todavía nos ocultábamos en las catacumbas, y hoy nos dais palacios! dijo el Pontífice sonriendo; mas en cualquier lugar que se halle la Iglesia de Jesucristo, allí estará con ella la cruz. ¡Dios sea con vos, señora, y con vos también, noble doncella que el Señor ha amado y escogido! No os olvidaremos en nuestras oraciones.

XIV

UNA NUBE

La persecución se asemejaba á esos Angeles terribles que en el último día apartarán la cizaña que encuentren en el campo del Padre de familias, y reuniendo el buen grano lo llevarán á los trojes celestiales. A imitación de ellos, alejaba de los divinos misterios á las almas débiles y corrompidas, é imprimia el sello del cristiano en las frentes que debian ceñir corona real, en las frentes humilladas ante Dios, y erguidas ante los tiranos y los jueces. Pero cuando hubieron pasado los malos días, cuando la cruz fué públicamente adorada, cuando el señor de cincuenta millones de hombres se proclamó cristiano, un enjambre de almas venales invadió los pórticos de la Iglesia, que parecian entonces el camino de la fortuna y de los honores.

Constantino se veía rodeado de un gran número de esos cristianos dudosos, y más aún Fausta. Esta mujer no habia hecho acto de fe hasta ver el triunfo de la Iglesia; la hija del brutal perseguidor de los cristianos no habia recibido la gracia del martirio.

Segunda esposa de Constantino, érale muy querida por su belleza, persistente aún en el estío de su vida; por el eminente servicio que le habia prestado, y por el hijo que de su unión con ella habia tenido. Fausta por su parte mostraba á su marido una gran deferencia; parecía sobre todo ocupada en la educación de sus hijos, y los Obispos y las matronas admiraban sus virtudes, su prudencia, su liberalidad, y se pasmaban solamente del lujo que la rodeaba. Literas, caballos, muebles de oro y de plata, perlas, numerosos esclavos, parecía ser lo único que le asemejaba á las emperatrices paganas; sin embargo, la ambiciosa Livia hubiera podido reconocerse bajo los rasgos de la severa Fausta. Constantino no veía esta siniestra semejanza, y su mujer, rodeada de los tres hijos que le habia dado, crecía cada dia un grado más en su amor y confianza.

Aun en medio de los cuidados del Imperio y de las preocupaciones del porvenir, Constantino se complacía viendo con sus propios ojos los estudios y progresos de sus hijos, y á menudo se encontraba con su esposa en la biblioteca donde los príncipes se instruían en las ciencias bajo la dirección de un griego llamado Diomedes, que era además secretario de la Emperatriz, y se habia captado en gran manera la simpatía de toda la familia imperial por sus finos modales, por la dulzura de su carácter y por su espíritu de adulación.

Era cristiano, pero nunca se notaba su presencia en las iglesias ni en las reuniones de los fieles; y los que le conocían de antiguo, los que recordaban su juventud, no ignoraban que á la edad de veinte años, lleno de ardor y de jactancia, desafiando los tribunales y los tormentos, y burlándose de la prudencia evangélica que no quiere que se busque el peligro, después de varios discursos poco meditados habíase visto citado ante el juez. Su presencia de ánimo fué al principio muy firme, confesó altamente su fe, y hasta resistió una primera prueba; mas de improviso sintióse desfallecer, declaróse vencido, tomó el incienso, y lo quemó á los piés de una estatua de Júpiter... ¿Habia leido Dios en el fondo de aquella alma un secreto orgullo que no quiso coronar con el martirio y la victoria?... Muchos cristianos habían, como Diomedes, flaqueado bajo el hierro y el fuego de los ejecutores, pero casi todos arrepentidos y llenos de confusión, habían pedido gracia á la Iglesia, y llevando la ceniza y el cilicio de los penitentes esperaban la reconciliación. Diomedes no se contaba en su número; continuaba en su extravío, sin confesión, sin arrepentimiento, y todos temían que, expulsado por su cobarde deserción del seno de la Iglesia, se inclinase á la herejía de Arrio, que comenzaba á llenar el Oriente de desórdenes y de errores.

Los grandes saben raras veces la verdad entera, y Constantino, lo mismo que Fausta, sólo veían en Diomedes al hombre instruido, hábil y complaciente.

(Se continuará).

PARA TODOS LOS DÍAS DEL AÑO.—VIDA DE TODOS LOS SANTOS QUE VENERA LA IGLESIA

Acaba de terminarse la quinta edición de tan importante obra, en 4 hermosos tomos en cuarto. Compuesta del clásico texto del P. Rivadeneire y de los mejores escritos de otros autores; está adaptada á las necesidades modernas, con varios estudios sobre los errores de los sectarios contra Nuestro Señor Jesucristo, y con las vidas de los Santos canonizados desde 1855 hasta nuestros días, cuyo trabajo se debe á la inspirada pluma del **M. I. Sr. Dr. D. Eduardo M.ª Vilarrasa**, *Arcipreste de la Catedral de Barcelona*. Los Prelados españoles en número de 51 han enriquecido con copiosas indulgencias la lectura de tan utilísima obra, que recomendamos á nuestros subscriptores en la seguridad de que ha de ser de su completo agrado. Para los pedidos y demás condiciones dirigirse á los editores Sres. L. González y C.ª, Lauria, 78, Barcelona.

LA LEYENDA DE ORO

Ayuntamiento de Madrid